

BOLÍBROS BRUGERA

PUNTO

ROJO

«LUX BAHIA»

Vic Logan



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

"LUX BAHIA"

Colección PUNTO ROJO n.º 681
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 25.257 - 1977
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: agosto, 1977
© Vic Logan - 1977
texto
© Salvador Fabá - 1977
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Si usted, querido amigo, ve pasar por la calle a Carla Donneti, se cruza con ella en cualquier parte o la ve simplemente retratada en una de las múltiples revistas en las que posa como modelo, y se queda tan tranquilo, hágase visitar por un médico, porque una de tres, es usted un anormal, un simple enfermo o acaso pertenece al llamado tercer sexo.

A Carla Donneti hay que reverenciarla como a un monumento, adorarla como a una virgen —ella asegura que lo es—, y admirarla como la mujer más hermosa que ha dado la naturaleza.

Claro que Tony, sin ser un enfermo, un simple, o un homosexual, tiene su particular forma de adorar la belleza de Carla.

—¡Prostituta! —bramó Tony, ante las narices de Carla, cuando se hallaba desnuda frente a un tipo gordinflón, en un camerino de pruebas. De prueba de vestidos.

Carla hubiera arañado de buena gana a Tony, pero se limitó a fulminarlo con sus ojos de fuego.

Se dijo que, días después, aquel tipo gordinflón había sido detenido por la policía por un feo asunto relacionado con estupefacientes, pero, esto no cuenta por ahora.

Sigamos con el monumento, con Carla. No hay frases capaces de describir tanta belleza ni perfección.

Pero... ¡ah!, a Carla le surgió de pronto una rival. Idénticas ambas. Casi... Su personalidad era distinta, pero ambas parecían encontrarle gusto a sacar el máximo partido de los hombres sin arriesgar demasiado en ello.

La casi gemela de Carla —rubias ambas—, se llamaba Marina, de origen español, pero muy sofisticada, tanto como Carla.

Congeniaron.

En menos de un mes las dos jóvenes —Carla y Marina—, vivían juntas en un lujoso apartamento de la parte alta de Barcelona.

Marina había presenciado la última parte de la pelea de Carla con Tony y el subsiguiente bofetón.

Aquella tarde hablaron de ello:

—Yo no me dejo pegar por un chulo así. Antes le aplasto las narices o le doy una patada en los...

—Bueno, bueno... Lo que pasa es que Tony es muy celoso. Él se había hecho sus planes y yo... Bueno... Yo no acabo de decidirme... Lo malo es que ahora no sé adónde voy a ir.

—¿Vivías con él? —preguntó Marina.

—No exactamente. Tenía una habitación alquilada en casa de una hermana suya. Desde luego, no pienso volver. Sólo iré a recoger mis cosas.

—¡Oye! Hace tiempo que voy detrás de un apartamento formidable... Todo último modelo. Aprietas un botón y las cosas aparecen como por arte de magia. Hay televisión en todas partes. Puedes ver quién llama, desde donde quiera que estés... Cuesta cincuenta mil... Un poco caro, la verdad, pero si encuentro quien contribuya...

No hubo más que hablar. Desde aquel día las dos amigas, tan singularmente parecidas, vivieron juntas en el apartamento de las cincuenta mil leandras.

El crimen ocurrió a la semana siguiente.

La víctima fue el portero.

Malas lenguas aseguraron que Marina y el portero habían estado juntos en el apartamento, en ausencia de Carla, y, por lo tanto, Marina había sido la última persona en verle... Bueno, es que, además, el cuerpo del portero del inmueble apareció apuñalado en el *hall del apartamento*...

Carla fue una excelente testigo para Marina. Aseguró que aquella tarde habían pasado juntas todo el tiempo. Era falso. Pero Carla prestó su ayuda por compañerismo y porque...

Porque Marina aseguró:

—Alguien vino a robar. Estoy segura. Tuvo que ser así. El pobre hombre —se refería al portero—, debió darse cuenta y entró en la casa al ver la puerta abierta. Sorprendió a los ladrones y estos ¡zas!

Era una buena razón. Por lo menos la policía no puso ningún reparo, y del asunto ya no se habló más.

Éste fue el primer muerto.

Después...

CAPÍTULO II

El Lux Bahía era el nombre genérico de una cadena de hoteles diseminados por toda Europa.

Quien haya estado en la Costa Azul habrá visto el Lux Bahía, igual que en la Costa del Sol, amén de otras costas famosas por sus orgías estivales.

Marina habló del asunto con toda franqueza a su amiga:

—Yo me entiendo con Edward, ¿sabes? Es un americano. Veinticinco años. Un muñeco. Le saco lo que quiero, y pide muy poco a cambio...

—¿Te vas con él?

—Estamos en verano, hija. ¡Saint Tropez! ¿Qué te parece? Voy a pasar unas semanas con él. ¡Oye! ¿Por qué no vienes conmigo?

—Gracias. Tres personas, a veces, pueden resultar una multitud.

—¡Edward tiene infinidad de amigos! ¡Seguro que no te aburres! Anda, no lo pienses más. Tú también tienes unas cortas vacaciones, ¿no?

—Yo diría que demasiado largas. Necesito dinero. Y éste, desgraciadamente, no surge de las arenas de una playa de Saint Tropez. ¿Eh?

—¡Narices! Seguro que Edward tendrá un buen amigo para ti.

Carla aceptó el reto, o la oportunidad de irse a la dulce Francia, al pornográfico Saint Tropez, allí donde es posible ver en un bar a media docena de muchachas sentadas mostrando los senos.

Y allí Carla conoció a *sir* William Bedford. En otras palabras, el padre de Edward Bedford, el amigo de Marina.

William —a quien le gustaba que le llamaran Billy, así sin la doble uve—, era uno de esos hombres que se aproximan a los sesenta años, que aparentan cincuenta y pocos y que confiesan cuarenta y algunos.

William —Billy para los amigos—, puso el ojo en Carla, le pagó

la cena en el Lux Bahía —su hotel—, y bailó con ella toda la noche.

William —Billy—, sabía hacer las cosas bien. Una mezcla de modernismo a lo 77 y lo «camp» de los 40 le aseguraban el éxito. William nunca se pasaba, y sabía satisfacer a todas las mujeres, fuera cual fuese su edad. Bueno, él prefería a las jóvenes como Carla. Veinte y pocos años, más o menos los mismos que Marina, que bastante tenía con cuidarse del joven y sofisticado Edward, propietario de un «Jaguar» deportivo de aquellos que le gustan a usted y a mí.

Aquella noche, la tercera o cuarta que Carla vivía como una invitada del Lux Bahía, la pasó con el *playboy* William —más *play* que *boy*, por supuesto—, pero a la hora de la verdad hizo gala de su virginidad.

—No, Billy... Lo nuestro es muy hermoso. No lo estropeemos.

—El amor nunca estropea las cosas hermosas. Las embellece, querida mía... —¿Se acuerdan ustedes de aquellas célebres películas del inefable Clifton Webb? Bien... pues William— Billy, —era un Clifton Webb. Incluso se le parecía.

Comprensivo y generoso, el hombre mostró su extremada prudencia:

—Te respetaré si ése es tu deseo, querida mía... Pero no podrás impedir que mi pasión aumente a cada segundo de mi vida. Me has enloquecido y puedo darte mi palabra de honor de que mi ilusión no es pasajera. No se trata de un simple capricho. Me gustas...

—¡Le gusto! —exclamó Carla, aquella misma noche, en la *suite* que ocupaba.

La conversación la sostenía con Marina, con la que últimamente había tenido escasas oportunidades para hablar.

—Pues no te hagas la imbécil. A este puedes sacarle lo que quieras. Y te molestará menos que el hijo. A fin de cuentas, William es un menopáusico...

—No digas tonterías...

—¡Oye, te lo cambio! —Marina iba siempre a lo práctico.

Carla lanzó un bufido. Para ella, todo parecía más complejo. Más profundo.

—Es que William es... distinto —comentó.

—¡Vaya! No me digas que ahora te has enamorado del viejo... —Y de repente se le ocurrió una de sus geniales ideas—. ¡Oye!

Vamos a hacer una prueba...

—¿Qué prueba?

Marina se quitó la peluca morena que solía llevar cubriendo su pelo rubio natural —natural, sí, de verdad—, y se la pasó a Carla.

—Ponte esto.

—¿Para qué?

—Tú y yo somos iguales, ¿verdad? Bueno, al menos nos parecemos. Pues bien... yo me hago pasar por ti... Preparo la escena como le gusta al viejo... Habitación en la penumbra, casi a oscuras... Él me confunde contigo y... ¡ya está!

—¿Ya está qué?

—Que se demuestra que él sólo quiere una mujer joven para esforzarse en hacer el amor... Será divertido.

—¿Tú crees? —Carla observó la peluca morena de su compañera, jugueteando con ella entre sus manos.

Por una vez, Marina adoptó una actitud absolutamente natural. No había ficción en su voz y en su gesto.

—Edward está enamorado de mí, ¿sabes? Y no me gusta... no me gusta que las cosas vayan como van.

—Edward es un cinco guapo y con dinero... como a ti te gustan...

—Hemos llegado a un momento en que ambos tememos... No sé cómo explicártelo. Es difícil que lo comprendas.

—Si no hablas más claro... —sonrió Carla sin demasiadas ganas.

—Bueno, no es tan fácil. Nos gustamos. Hacemos el amor... Yo creo que él, en más de una ocasión, ha estado a punto de pedirme relaciones formales... Pero algo le retiene... Yo tampoco sabría qué contestarle... ¿comprendes?

—¿Y por eso quieres conquistar al padre?

—¡Oh, no! Eso sería pura diversión. Ya verás lo bien que lo pasamos...

—Lo pasarás tú...

—Y tú cuando te lo cuente...

Carla tenía carta blanca para pasearse por los recónditos sitios del hotel.

Allí había algo que no acababa de gustarle... No eran los salones de juego privados... Tampoco las citas clandestinas, ni los apartamentos reservados... ni los misterios románticos que parecen

ser algo consustancial en la vida francesa... Era algo más...

Carla creía ver cosas raras... Sobre todo, al fijarse en Marina, que seguía haciendo el juego al padre y al hijo.

Un día, al dirigirse a la *suite de su compañera*, oyó bien claras las amenazas:

—Voy a dejarte la cara señalada para toda la vida... ¿Me oyes bien? Con este cuchillo... Tu rostro será un mapa. Un auténtico mapa... —Era la voz de Edward. Parecía estar muy sereno. En cambio, la voz de Marina sonaba asustada.

—No te atreverás...

—¡Sí me atreveré...! Y tú lo sabes. Tienes que trabajar para mí. Exclusivamente para mí. Desde hoy tendré mi propio negocio. Olvídate de mi padre... Es por tu propio bien... Si no...

Carla corrió a esconderse a un recodo del corredor, cuando comprendió que Edward iba a dejar la *suite de su amiga después de las últimas palabras*.

Luego, Carla volvió sobre sus pasos y saludó con una sonrisa a Edward cuando ambos se cruzaron por el corredor.

Más tarde, Carla mostró su curiosidad ante su amiga:

—¿Pasa algo con Edward?

—No. ¿Por qué había de pasar algo? —repuso Marina.

—Bueno, no sé... Me crucé con él por el pasillo del hotel y...

—¿Y qué? —insistió Marina, a fin de que su compañera pudiera soltar todas sus sospechas.

—Nada, que me pareció que salía de tu habitación un poco... digamos enfadado.

—Ya se le pasará, son cosas nuestras. ¿Sabes?, está enamorado de mí, pero ya me conoces. Yo no quiero atarme a nadie. Una cosa es divertirse y la otra es andar en serio.

Carla pensó que si en esto Marina decía la verdad, porque expresaba su forma de entender su propia vida, en cambio ocultaba algo, porque ella —Carla—, había oído perfectamente algo respecto a «dejarle la cara señalada como un mapa», y «Tienes que trabajar para mí», y de esto Marina no le había hablado en absoluto. Pero, por el momento, prefirió no profundizar.

Aquella noche, como estaba libre de compromisos, puesto que el viejo Billy tenía asuntos que le retenían fuera del hotel, se dedicó a pasear.

No mostró la menor sorpresa cuando, en el vestíbulo del hotel, se encontró con un viejo conocido, al que no saludó: Tony.

El que le había llamado prostituta.

Ambos se vieron, eso estaba claro, y Tony se quedó un buen rato mirándola, mientras Carla se alejaba cimbreado con su habitual desparramo. Era su modo de andar, muy peculiar por cierto, y altamente atrayente.

Con Tony fueron otros los que clavaron los ojos en las llamativas y bien formadas caderas de aquella venus hecha mujer.

En cuanto a Tony, de momento —no sabemos si por celos o por otras razones—, prefirió ir detrás de Carla y, a solas, casi en la oscuridad, con la brisa del mar a escasos metros de ambos, tuvieron una pequeña charla.

Aquello acabó con un beso, y luego Carla siguió su paseo sola.

Más de algún aspirante a «ligón» trató de acercársele, pero ella, muy diplomática, supo quitarse de encima al castigador de turno.

Al ir a doblar por una de las calles más bulliciosas de la ciudad vio aparcado un automóvil, que conocía bien. Un «Jaguar». En el interior, una pareja también conocida: Marina y Edward.

No la habían visto a ella, y eso le dio cierta ventaja. Desde la esquina, en el lugar donde había menos luz, se fijó bien en ambos. Parecían proseguir la discusión anterior, aunque, en la distancia, no podía oír las palabras.

Por fin el automóvil se alejó, y Carla quedó más intrigada que nunca.

Decidió detener un taxi y seguir al «Jaguar».

—Procure que no se den cuenta de que les seguimos —advirtió al conductor.

—Descuide, es mi especialidad —replicó el taxista, y pasó delante del «Jaguar» para aminorar la marcha algo más tarde, y dejar que el vehículo perseguido volviera a rebasarles.

Después, tomó otra ruta para salir nuevamente al paseo marítimo. El «Jaguar» seguía a un centenar de metros de distancia, y, ya lejos del centro, enfiló hacia una dársena en apariencia abandonada. Uno de esos yates de recreo que recorren la bahía para diversión de los turistas, se aproximó al muelle y permaneció amarrado unos instantes. Edward y Marina bajaron del coche para entrar en el yate, que seguidamente se alejó.

—Temo que ya no podemos seguirles —murmuró el chófer del vehículo.

El «Jaguar» había quedado en la dársena. Era señal de que pensaban regresar.

—Dé la vuelta y lléveme al hotel.

—¿Qué hotel?

—El Lux Bahía.

—Un magnífico hotel, señorita. Un espléndido marco para un cuadro tan bello —la piropeó el taxista mirándola por el retrovisor.

Ella iba a replicar cuando algo llamó su atención.

—¡Espere!

El taxi frenó en seco.

Carla había advertido la presencia de un coche negro que se aproximaba al «Jaguar». Se detuvo a poca distancia. Del automóvil recién llegado se apeó un hombre, quedando otro junto al volante. Al instante, el coche negro retrocedió, mientras el otro individuo que había abierto la puerta del «Jaguar» para entrar en él, lo ponía en marcha para llevárselo.

«¿Un robo?», pensó Carla por un momento.

Poco después, ambos coches se alejaron. Carla se fijó bien en la matrícula del vehículo negro. Era 424-ND-65. No se le olvidaría.

—Si le interesa un detective privado, puedo recomendarle uno —dijo el taxista.

—Me ha dado usted una excelente idea —sonrió Carla.

CAPÍTULO III

No es necesario reiterar que a una mujer como Carla no le faltan admiradores hasta la saciedad. Entre éstos había uno que ya un par de veces había intentado asediarla en el hotel. Incluso se había presentado a sí mismo: George Gardier. Detective privado.

—Una mujer como usted corre el riesgo de ser violada. En los tiempos que corrernos, anda mucho gamberro suelto —le había dicho en una ocasión.

—Gracias —fue la respuesta de Carla—. Hasta ahora, he sabido cuidar de mí misma.

Por eso ahora, cuando el detective la vio dirigirse a él, estuvo al borde del soponcio.

—¿De veras me necesita? ¡Oh! Será un auténtico placer...

—No es por mí, señor Gardier —repuso Carla—. Se trata de una amiga mía. Creo que está en apuros. Claro que no estoy del todo segura, pero me gustaría que averiguara algo...

—Encantado. ¿Quién es su amiga?

—Su nombre es Marina. Nos alojamos en la misma *suite*. *Ella suele salir con el hijo del propietario del hotel, Edward...*

—¡Oh, sí! Ese *play-boy*. Le conozco. Humm... Es un pájaro de cuidado. ¿Qué es lo que quiere saber?

—Nada en concreto. Pero temo que mi amiga pueda verse en apuros. Eso es todo. Bueno... supongo que usted no trabaja por amor al arte.

—¡Oh! No hablemos de honorarios. Tratándose de usted, lo consideraré un caso especial. ¿Puedo invitarla a una copa?

—No me vendría mal.

—¿Qué te parece si para empezar nos tuteamos?

—¿Por qué no? Odio la excesiva etiqueta.

—¿*Whisky* te va bien?

—Todo me va bien, detective, pero prefiero algo sin alcohol.

—Un «San Francisco» —pidió al *barman del hotel*—, y lo de siempre para mí.

El detective quiso prolongar la charla con Carla, pero ésta le advirtió:

—Mi amiga discutió con Edward. Lo oí perfectamente. Él la amenazó, y no hace mucho volvieron a discutir. Luego se fueron en un yate, lejos de aquí. Temo por ella, ¿sabes?

—¿Sabes el nombre de ese yate?

—*Dynamique*... o algo así.

—¿No será *Dominique*? Normalmente recorre la bahía, hay música, y los pasajeros bailan mientras contemplan las iluminaciones de la ciudad desde el mar.

—Puede que sea el mismo. Lo tomaron en la dársena sur. Está como a tres kilómetros de aquí. Y luego, hay más: un tipo se llevó el «Jaguar» de Edward, y no creo que se trate de un robo.

—No te preocupes. Edward tiene amigos y servidores en todas partes. Con la pasta que tiene, puede hacer muchas cosas... Creo que tu alarma está injustificada. Tú y yo, si quieres, podemos dar un paseo en ese yate. Es divertido.

—Mientras a una no la lleven a la fuerza...

—¿Temes que a tu amiga la hayan llevado a la fuerza?

—No lo sé.

—No te preocupes. Seguro que, cuando regrese el barco, volverás a verla sana y salva... Ya sé quién es tu amiga. Y me ha parecido verla bastantes veces con Edward. ¡Bah! Una regañina entre novios. No obstante, abriré bien los ojos para complacerte.

Tras tomar sendos combinados, Carla manifestó su deseo de ir a descansar.

El detective Gardier la acompañó hasta la *suite*.

—A esto le llamo yo vivir bien... ¿Podría entrar un ratito?

—Por hoy terminó nuestra charla. Lo siento, George. Me muero de sueño.

—Se ve que hoy no es mi día afortunado.

—Ocupate de lo que te he dicho, por favor.

George Gardier asintió, tras lo cual Carla cerró la puerta de la *suite*.

No, no fue a acostarse, como había dicho, sino que salió a la terraza y, con la ayuda de unos gemelos, trató de divisar el yate de

recreo.

Los potentes prismáticos descubrieron, al fin, la silueta del barco.

Perfectamente iluminado, parecía regresar a uno de los embarcaderos cercanos.

Carla siguió sin perder de vista su trayectoria, hasta que, por fin, el yate llegó al muelle de recreo, relativamente cerca del hotel.

Vio bajar a varias parejas de turistas; todos parecían haberlo pasado bien, pero lo que a Carla le interesaba era ver a Marina y a Edward. Mas éstos no salieron entre los pasajeros.

Buscó en el costado del barco el nombre.

No era *Dynamique*, como había dicho ella, sino *Dominique*, el nombre que le había insinuado el detective.

Marina seguía sin aparecer, y las luces del yate, que mostraban toda su periferia, fueron apagándose.

Después, el yate se alejó del embarcadero, seguramente para ir a amarrar a su lugar habitual.

¿Dónde estaban Marina y Edward?

Dejó los prismáticos e hizo una llamada al bar, preguntando por Gardier.

El detective no disimuló su contento al poder hablar con ella.

—Me alegro de que estés despierta, Carla. ¿Has cambiado de opinión? ¿Tomamos una copa juntos en tu *suite*?

—No te llamo para esto. Estaba en la terraza cuando regresó el yate. Ni mi amiga ni Edward han bajado con los demás pasajeros.

—¿Estás segura?

—Completamente. Estaba mirando con unos gemelos. Muy potentes, por cierto.

—¡Oh! Seguro que, con tanta gente, no les habrás visto.

—Te digo que no han bajado. Estoy segura.

—Tal vez han bajado en la dársena. ¿No es allí donde dices que tomaron el yate?

—Allí no estaba el «Jaguar», y no volverán a pie.

—Humm, piensas en todo...

—¿Qué clase de detective eres? Creo que me he equivocado de hombre.

—Tranquila, mujer... Me ocuparé de todo. No quiero decepcionarte... ¡Espera! Ahora mismo veo entrar a Edward, ¿lo

ves? Ya te decía yo que no habías mirado bien. ¡Ah! Y Marina va con él. Así es que puedes quedarte tranquila.

—¿Seguro que están ahí?

—Sí. Y si quieres más detalles, se dirigen hacia la sala de juegos. Y te aseguro que, por su aspecto, no parecen disgustados.

—Bien. Si están ahí abajo, no hay más que hablar.

—Me moveré cerca de ellos. Espero poder decirte algo mañana... A ser posible, en tu *suite*. ¿*Qué dices?*

—Que el hotel tiene suficientes salones para poder hablar, detective. Buenas noches. —Y Carla colgó el auricular algo más tranquila, aunque no del todo.

CAPÍTULO IV

Cuando Marina regresó a la suite, Carla parecía dormir plácidamente. En realidad, lo fingía, pero no tenía ninguna gana de hablar con su compañera. Le bastaba con saber que estaba sana y salva.

Claro que se hubiese sentido menos tranquila y complacida de haber escuchado la conversación que el detective George Gardier sostenía con Edward en un solitario rincón de uno de los salones del hotel:

—Me parece que esa Carla se está preocupando mucho por vosotros. Yo diría que demasiado...

Gardier había relatado a Edward la conversación sostenida con Carla, tras la cual el hijo del dueño de la cadena hotelera exclamó:

—¿Y qué crees que puede saber?

—De momento, que habéis tomado un yate a tres kilómetros de aquí, que no habéis regresado en el mismo, y que tu «Jaguar» se lo llevó un tipo que bajó de un coche negro, con matrícula 424-ND-65.

—Esto no significa nada.

—Me ha contratado a mí para que averigüe más cosas. ¿Te parece poca curiosidad? Yo opino que es algo más... Sea quien sea esa muchacha, es de las que, si se empeñan en averiguar algo, acaban por llegar hasta el final. Yo, de ti, hablaría con... el jefe.

—No creo que sea necesario. Cuida tú de vigilarla a ella. Cuando hables del caso, le das cualquier respuesta convencional que parezca verosímil. Y sobre todo, encárgate de averiguar lo que sabe... Y si llega a saber demasiado, sólo habrá un camino. Ya sabes... Eliminarla.

—Una verdadera lástima. Una chica con ese tipo...

—Te la dejo para ti, George. Si llega el momento, diviértete primero con ella.

—No creas. Es muy lista, Edward. Muy lista. Eso te lo digo yo,

que entiendo un rato de mujeres.

La crónica de sucesos de los periódicos matutinos informaba de la desaparición de dos jóvenes de veinte años. No era un caso aislado. Noticias así salían a diario. A veces, se trataba de muchachas de quince o dieciséis años, que se suponía habían escapado de su hogar; otras veces, las noticias se referían a fugas sentimentales. Nada nuevo.

Carla dejó el periódico a un lado y se desperezó.

—¿Qué tal pasaste la noche? —inquirió Marina arrebujaada todavía entre las sábanas de la cama contigua.

—¡Psé! Por ahí. Una noche de descanso.

—¿Es hoy cuando estás citada con el viejo?

—Supongo que sí —murmuró Carla poniéndose en pie.

—Bien, la apuesta sigue en pie. Yo te reemplazo. Me pongo tu peluca y me dejas el campo libre. ¿Te hago un favor?

—Por mí, encantada. Ese viejo baboso me repugna, pero... ¿qué dirá tu Edward?

—No creo que hoy venga por aquí. Tiene asuntos que resolver. Negocios.

—Encantada. El viejo es para ti —sonrió Carla incorporándose de la cama. Luego, añadió—: Se te va a enfriar el café. Cuando el camarero llamó, estabas roncando que daba gusto.

—¿Qué yo ronco? —exclamó Marina—. Es la primera noticia.

—Se ve que dormías a gusto. Humm... Voy a tomarme una buena ducha. Yo también necesito despejarme.

La mañana era radiante, invitaba a tomar el sol en la fina arena de la playa y a zambullirse en el agua.

Carla alquiló un patín cuando todavía Marina no había bajado de la habitación.

Pedaleó, alejándose de la orilla hasta llegar a una zona de pequeños arrecifes.

Oculto entre los islotes, surgió una pequeña lancha. No había nadie más en derredor.

La lancha frenó su marcha hasta aproximarse al patín de Carla, que se aprestó al encuentro.

El único tripulante de la lancha era Tony.

—¿Algo nuevo? —inquirió él desde el costado de la pequeña embarcación.

—Todo es bastante confuso, Tony... Pero he obtenido la ayuda de un detective, un tal Georges Gardier. No me lo puedo sacar de encima. Espero que me sirva de algo.

—¿Gardier? —inquirió Tony.

Nadie, al verles hablar, hubiera supuesto que se tratase de una pareja que, en otros instantes, parecían odiarse. Su lenguaje transcurría en un tono profesional, lejos de todo oído indiscreto.

—Sí. Está en el hotel. ¿Te suena el nombre?

—No, pero procuraré hacer mis averiguaciones. Sobre todo, ten cuidado. ¿Has leído el periódico hoy?

—Por encima.

—Dos chicas han desaparecido —recordó él—. Veinte años.

—Sí, pero... ¿Crees que...?

—Trata de blancas. En un mes han desaparecido más de veinte muchachas en distintos puntos. Creo que la clave está aquí. Ten mucho cuidado con esa gente.

—¿Te refieres a Edward?

—Y a su padre.

—El viejo Billy...

—El mismo.

—No es más que un libidinoso. Trata de ocultarlo con modales muy exquisitos, pero es un viejo verde. De eso no hay duda.

—Éste es un asunto delicado, Carla. Siento haberte metido en esto, pero ya es tarde para volverse atrás. Sólo te pido que tengas prudencia. Yo no podré estar siempre lo suficientemente cerca para protegerte.

—No te preocupes, encanto. Y ahora, escucha todo lo que tengo que decirte.

Y Carla relató lo acaecido la noche anterior, y que fue causa de que llamara su atención.

Mientras hablaban los dos, ella, desde su patín a pedales, y él desde la lancha, podían ver, a lo lejos, toda clase de embarcaciones surcando las tranquilas aguas mediterráneas.

Veleros, patines, lanchas, esquiadores náuticos...

Sí. Era un verano radiante, y la gente que gusta de los deportes marítimos lo pasaba en grande.

Carla concluyó su relato, y Tony comentó:

—No hay duda de que, si no los viste bajar del yate, es porque

desembarcaron en otro lugar. Posiblemente el individuo que se llevó el «Jaguar» de Edward lo dejó en el punto donde ellos tomaron tierra.

—Pero me pregunto qué pueden hacer en un yate de recreo.

—Salirse con un bote para desembarcar en algún punto cercano.

—¿Un bote? ¿Para qué?

—Es posible que... recogieran algo de alguna otra embarcación.

—Drogas. Es lo que perseguimos. ¿O hay más?

—Estupefacientes, trata de blancas y Dios sabe qué más. Están bien organizados. No pierdas de vista a Marina. Ella puede llevarnos hasta el final de todo, pero lo que faltan es pruebas. ¿Comprendes? Pruebas concretas; por eso se te pidió que intervinieras. Y hasta ahora lo estás haciendo muy bien.

Una lancha se acercaba, y Tony hizo un ademán de despedida.

—Es mejor que no nos vean hablar. Hasta mañana. Si surge cualquier emergencia, ya sabes dónde puedes llamar. Adiós.

La lancha conducida por Tony se alejó rápidamente.

Pero ninguno de los dos advirtió que el conductor de la otra embarcación que surcaba el mar, a media milla, estaba observándoles a través de unos potentes anteojos.

Y el tripulante vio perfectamente cómo la muchacha agitaba la mano despidiendo a Tony que, antes de alejarse definitivamente, le echó un beso con la mano a Carla, que a su vez volvió al pedaleo para acercarse nuevamente a la playa.

CAPÍTULO V

Mientras regresaba, Carla pensó fugazmente en cómo había comenzado aquella aventura.

Como perteneciente a la sección de servicios especiales de la Interpol, había sido requerida para un servicio del que, en principio, se le dio escasa información.

Todo consistía en conseguir la amistad de Marina y, a partir de aquí, informar sobre las actividades de la muchacha.

A Carla le bastó su belleza para frecuentar los lugares a los que Marina solía concurrir, coincidir casualmente en los mismos sitios, y pasar por una mujer de vida alegre e independiente, y con escasos escrúpulos.

Hasta ahí, todo había salido a pedir de boca.

Tony era el encargado de seguirla de cerca.

De momento, él aparecería repudiándola, más tarde, si se consideraba oportuno, fingiría asediarla de nuevo para acercarse a ella, y obtener alguna información.

Por lo general, los escasos contactos deberían tener lugar, salvo en casos muy extremos, a distancia, y lejos de miradas indiscretas.

De momento, todo estaba conseguido, en lo que al planteamiento se refería, pero las cosas se estaban complicando porque el hombre del yate que había visto hablar a la pareja era ni más ni menos que George Gardier. El detective al que ella, por su cuenta, había recabado ayuda, fingiendo sentir temor por Marina.

Gardier llegó mucho antes a la playa y, tras dejar la lancha, se puso un albornoz y corrió hacia el hotel.

Edward no estaba, pero sí dos de sus compinches, que le indicaron que esperara hasta mañana.

—Si hay algo urgente, habla con el viejo —le dijo uno llamado Marc—. Pero que sea algo que valga la pena.

—Creo que lo es.

—Ya sabes que al viejo no le gusta que le molesten con tonterías que pueden arreglar otros —insistió Marc.

—¿Dónde está? —inquirió Gardier, refiriéndose a Billy.

—En la villa.

El detective fue a cambiar sus ropas para estar presentable, y seguidamente tomó su automóvil para presentarse frente a la hermosa villa del propietario de la cadena de hoteles, enclavada en uno de los lugares privilegiados del lugar.

Dominando por completo la bahía, y rodeado de todos los lujos, William —Billy—, estaba tomando un refresco enfundado con su aterciopelado albornoz cerca de la piscina, y con la portentosa vista panorámica sobre el mar.

—Siento molestarle, señor, pero me han dicho que su hijo no volverá hasta mañana.

—No me gusta verle por aquí, Gardier.

—Lo sé, señor, pero no se preocupe. Nadie me ha seguido.

—No le supongo tan estúpido como para permitirlo... Y ahora, dígame qué se le ofrece. Tome asiento. ¿Quiere beber algo?

—No. No es necesario, gracias. Tal vez después. Cuando le haya dicho...

—Hable ya. No me gusta que me tengan en vilo.

—Se trata de esa chica... la amiga de Marina. Ahora estoy seguro. Es una espía. Sigue nuestros movimientos. Ya hablé de ello con su hijo, señor.

—En tal caso... ¿por qué me lo cuenta a mí? Es Edward quien lleva todos mis negocios.

—Pero usted es el jefe, señor.

—¿Qué pasa con Carla?

—Bueno, lo de ayer ya lo sabe su hijo, señor... Pero es que hoy...

—¡Por todos los santos! No se detenga... ¿Qué ha ocurrido hoy?

—Ha estado hablando con un tipo, en los arrecifes. Han buscado un lugar muy a propósito para no ser molestados.

—Bueno, quizá sea un amorío...

—No, señor... Cada cual hablaba desde su embarcación. Además, ese tipo merodea a menudo por el hotel. No estoy muy seguro, pero creo que es un policía.

Billy miró fijamente a su interlocutor. Y hasta al cabo de varios

segundos no preguntó:

—¿Estás seguro?

—He sacado unas fotos tuyas a distancia. Con el teleobjetivo. Las tengo en el revelador. Dentro de unas horas sabré exactamente si es el individuo que sospecho.

—Un policía, ¿eh? —murmuró Billy—. En este caso...

—Carla trabaja para él. Apostaría doble contra sencillo. Es una espía. Anoche observó cómo Edward y Marina subían al yate, y se preocupó mucho para verles regresar... Como no les vio bajar, consultó conmigo...

—Humm... —Billy pareció meditar.

El detective insistió:

—Se me dijo que vigilara a todos los posibles amigos de Marina. Creo que he cumplido.

—Está bien, Gardier. Ha hecho un buen trabajo. Es una lástima que una chica como Carla... Pero en fin, quizá sea conveniente que desaparezca. Con discreción...

—Oh, sí, señor...

—Yo te diré cómo hay que hacerlo. Marc se cuidará de todo...

—Si me permite, señor... —Gardier quiso discrepar.

—¿Qué ocurre?

—Su hijo me dijo que, en caso necesario, yo realizaría el trabajo...

—Es mejor que no vuelvan a verte con ella. ¿De acuerdo?

—Pero es que... —Gardier sonrió—. La chica vale la pena. Yo había pensado...

—Imagino lo que había pensado, Gardier. Poseerla y luego eliminarla...

—Tiene usted una imaginación perfecta —murmuró el detective.

—Es la experiencia. También a mí me gusta la chica, pero cuando algo puede poner en peligro lo más importante, lo sensato es saber renunciar... Un crimen tras una violación suele dejar posibles pistas.

—Le aseguro, señor... que sé ser discreto.

—Olvídelo, Gardier. Esta noche daré una fiesta. Y usted vendrá acompañado de Marina, por especial encargo mío... Usted y Marina podrán testificar que no me he movido de la villa. Claro que no habrá necesidad de que llegue este caso. Si las cosas se hacen como

yo digo, todo quedará en un simple accidente...

Y, tras una pausa, añadió:

—Ahora, escuche mis instrucciones, que deberá transmitir a Marc.

—Sí, señor.

—Carla y yo teníamos una cita, esta noche, en mi *suite del hotel*. Ella no tiene por qué saber que yo estoy en la villa. Así es que la muchacha subirá a mi suite... ¿Va comprendiendo, Gardier?

Y Billy siguió concretando las instrucciones, que Georges escuchó atentamente.

Ajena al peligro, Carla, en la playa, se había reunido con Marina, y las dos, tumbadas sobre sendas toallas en la arena caliente, tostaban sus esbeltos cuerpos.

Tony, que ya había regresado, dejó la lancha en el embarcadero y siguió su camino por la playa, pasando cerca de las dos jóvenes. Marina le observó un momento.

—¡Oye! ¿Aquel tipo no es tu exnovio?

Carla levantó la cabeza. Tony estaba ya lejos, y ella se encogió de hombros.

—Así, desnudos, todos los hombres se parecen, ¿no crees?

Marina sonrió.

Tony se dirigió a una cabina telefónica para marcar un número.

—¿Es el Lux Bahía? Soy un amigo de Billy. ¿Quiere llamarle a su *suite*?

—Lo siento, señor —le respondieron. Y el recepcionista añadió que Billy no estaba—. Si quiere dejar algún recado.

—No tiene importancia. Llamaré más tarde.

Tony ya sabía que tenía el campo libre, que era lo que deseaba, y se encaminó hacia el hotel.

Un establecimiento, con el consiguiente trasiego de gente, es el lugar ideal para que nadie se fije demasiado en los clientes, pues en pleno verano, y en bañador, todos tienen un cierto parecido.

Por eso Tony pudo entrar en el hotel y meterse en el ascensor como uno de tantos turistas allí hospedados.

Fue directamente hasta la décima planta, que era la última habitable. Quedaban dos. La del restaurante, que remataba el edificio, y la anterior, reservada exclusivamente para dependencias particulares y, sobre todo, para la *suite de Billy*.

Subió a pie el piso que le faltaba, después de cerciorarse de que no había nadie que pudiera observarle.

Ya en el piso undécimo, se dirigió a una de las puertas de la *suite del todopoderoso propietario*.

Del bolsillo de su camisa extrajo un alambre, con el que manipuló unos instantes hasta improvisar una ganzúa.

Tony, avezado en este y otros muchos menesteres necesarios en su profesión, consiguió hacer saltar el resorte que sujetaba la cerradura, y así franquear la entrada.

En el interior todo estaba en la penumbra, pero era necesario esforzarse demasiado para ver perfectamente todo lo que había en derredor.

Muebles súper modernos, caros y lujosos, de gusto muy particular.

La suite constaba de enormes piezas, de piso perfectamente pulimentado.

La meta de Tony era el pequeño despacho contiguo al gabinete.

—No creo que aquí haya nada importante —se dijo a sí mismo—, pero nunca se sabe.

Momentos después, se enfrentaba ante una pequeña caja de caudales, situada detrás de la mesa escritorio del propietario del alojamiento.

Empezó primero con los cajones. No había casi nada. Extrajo una foto de tamaño dieciocho por veinticuatro, y examinó el yate de recreo que figuraba en ella. Tomó nota del nombre, y recordó las palabras de Carla.

Dejó la foto en su sitio, cerró el cajón y buscó en los demás. Nada de importancia.

Se dedicó a la caja y, tras manipular unos segundos, comprendió que no le costaría demasiado dar con la combinación. Era un arca simple. Bastaba un poco de tacto, oído fino, y la suerte haría más o menos rápida la operación de abrirla.

Tony demostró una extraordinaria habilidad con sus dedos y, aguzando el oído, percibía el chasquido de los números cuando daban con el resorte.

Estaba ya dispuesto a abrirla cuando oyó rumor de pasos. Alguien se acercaba. Una llave giraba la cerradura. Y Tony buscó un rincón donde esconderse.

El cortinaje situado junto a la puerta de la terraza del mismo despacho le pareció el lugar más indicado.

Luego escuchó las voces de un par de hombres que acababan de trasponer la puerta principal de la *suite*.

Eran las voces de Marc y de Georges Gardier.

—Aquí hablaremos más tranquilos —dijo el detective—. ¿Tomamos algo?

—Aquí, no. Al viejo podría sentarle mal. Es muy metódico. Controla hasta sus bebidas.

—Sí. Es posible. Y esa manía de tenerlo todo cerrado Pondré el aire acondicionado —repuso Gardier—. ¿Dónde está el conmutador? ¡Ah, sí! Creo que lo tiene en el despacho.

Tony, inmóvil detrás del cortinaje, advirtió cómo la puerta se abría para dejar paso al detective.

Fue entonces cuando advirtió que había dejado olvidada sobre la mesa la ganzúa de la que se había servido para abrir la puerta.

No era cosa de gran importancia, pero allí donde reinaba tanto orden, un simple alambre tenía que llamar la atención.

Gardier fue hacia un ángulo de la habitación cercano a la mesa, y accionó el conmutador que ponía en funcionamiento la refrigeración de la *suite*.

Iba a salir cuando se fijó no sólo en el alambre, que fue lo primero que pareció llamar su atención, sino que olió algo...

A tabaco. A tabaco rubio.

Gardier y todo el mundo sabía que lo único que fumaba el viejo Billy eran puros habanos; detestaba los cigarrillos de papel.

Y para colmo, Tony había dejado en el cenicero un cigarrillo que acababa de apagarse. Pensaba llevárselo cuando hubiera terminado, pero las inoportunas visitas se lo habían impedido, y el detective era un buen observador.

Se quedó inmóvil, con la sensación de que alguien podía estarle observando. Estaba cerca de la mesa, y sus dedos palparon el alambre-ganzúa. Su mirada estaba fija en el cenicero, donde había quedado medio cigarrillo rubio, apagado ya.

Como si nada hubiera visto, salió de la estancia e hizo una seña a Marc.

Y Marc comprendió. ¡Había que buscar a alguien!

Gardier se quedó guardando la puerta del despacho con los

reflejos en tensión.

Marc, por su parte, echó una ojeada en torno suyo, pero Gardier le indicó con un gesto el despacho. Al mismo tiempo, hizo una señal, indicando a su compinche que fuera por la terraza.

Tony se estaba dando cuenta de la maniobra, y no se hallaba dispuesto a dejarse atrapar como un imbécil.

Pero el detective había sacado un revólver, y lo amartillaba para dejarlo en posición de disparo.

Marc, por la terraza, se hallaba igualmente armado y se aproximaba al despacho.

CAPÍTULO VI

A Tony sólo le quedaba un recurso: obrar con rapidez. Buscó el momento propicio, antes de encontrarse totalmente acorralado.

Salió de pronto de detrás de los cortinajes. Gardier reaccionó un segundo tarde. Logró disparar su arma, pero ya Tony había desviado la trayectoria del disparo de un certero puñetazo.

El detective perdió el arma y trató de incorporarse, pero Tony le soltó una patada en pleno rostro, que le tumbó definitivamente.

Claro que el disparo había puesto en guardia a Marc que, rompiendo el cristal de la puerta, saltó hacia el interior como una exhalación.

Tony, con un salto acrobático, se puso fuera del alcance de las balas de su nuevo rival y, con el revólver del propio Gardier, disparó, obligando al otro a replegarse en la terraza.

Como prefería no ser visto, optó por salir de la *suite*, pero apenas se halló en el corredor se ocultó en un recodo situado a un metro escaso de la puerta.

Marc salió tras él, con el revólver presto para hacerle frente.

En su desenfadada carrera no pensó a tiempo que su perseguido podía haberse escondido y, de nuevo, la ventaja fue para Tony que, tras salir de improviso, le zancadilleó, al tiempo que le propinaba un certero golpe en las vértebras que le dejó inmovilizado. Remató su acción con un segundo puñetazo, dejando a su rival sin sentido.

Pensó que aún tenía tiempo, y no podía desperdiciarlo. Tenía la caja del viejo Billy abierta, y allí podía encontrar algo interesante.

Entró de nuevo en la *suite*.

«Si han oído los disparos, pronto llegará gente», pensó mientras observaba a Gardier, que seguía sin sentido.

Abrió rápidamente la caja; apenas había nada, excepto un fajo de billetes, que debían sumar en conjunto unos diez mil francos. También un papel, que examinó rápidamente. Le llamó la atención

que en dicha nota sólo figurasen nombres de mujer, que procuró retener en su mente.

Había uno subrayado: *Mirelle Ponti*.

Trató de retener en su memoria varios de aquellos nombres y, ya sin más dilación, tomó los francos y se alejó por el balcón, cuando una voz clamaba:

—Pero ¿qué demonios ha sucedido aquí?

Desde el balcón terraza, y ayudándose en una tubería, Tony ascendió hasta la cornisa superior, y de allí llegó al terrado. Corrió hasta el edificio contiguo.

El hotel estaba aislado, y la otra edificación distaba unos seis metros. Entre los dos inmuebles, el vacío.

No tenía otra salida, y Tony tuvo que arriesgarse. Tomó impulso y saltó, salvando el precipicio.

Cayó rodando por el suelo y, cojeando ligeramente, alcanzó el siguiente terrado.

—Espero que crean que se trata de un simple robo —dijo mientras descendía por la escalera que habría de conducirle hasta una calle lateral.

Cuando, por fin, alcanzó la calle, adoptó una actitud normal. Estaba a unos sesenta metros de la puerta del hotel, y nadie se fijó en él, que desapareció entre la multitud con un solo objetivo, intentar localizar a Carla.

—¡Pandilla de inútiles! Os pago para que vigiléis, y dejáis que un vulgar ladrón, una rata de hotel, robe mi propia caja fuerte.

El fuerte vozarrón del viejo Billy le hacía parecer un hombre muy distinto del educado y cortés caballero elegante, propietario de la cadena hotelera.

Gardier y Marc, en la *suite de su propietario, y todavía con huellas visibles del castigo recibido, no sabían encontrar las disculpas precisas.*

—Ocurrió todo muy de plisa, señor, pero no hay duda de que sólo se trataba de un ladrón...

Billy observaba su caja fuerte. Tomó aquel papel que antes había examinado Tony, donde figuraba la lista de nombres femeninos, y murmuró:

—Sí... Espero que sólo se trate de eso. ¿Qué aspecto tenía?

Los dos sicarios de Billy cambiaron una mirada entre sí. Eran incapaces de describirle.

—¿Es que llevaba alguna máscara? —gritó Billy.

—¡Saltó sobre mí! Sólo pude verle un momento... No sé... Creo que era joven —se disculpó el detective.

Y por su parte Marc arguyó:

—A mí me atacó por la espalda. Sólo le vi un momento, cuando huía. Vestía en mangas de camisa, como un turista cualquiera.

—No iba a ponerse de etiqueta en pleno día y con este calor... Vamos, largaos. Me ocuparé de que arreglen los desperfectos... Y no olvidéis lo de esta noche. Espero que no metáis la pata. Eso va por ti, Marc.

—Descuide, señor. «Lo» de esta noche no puede fallar.

Carla se hallaba en la *suite junto a Marina, que se estaba probando una peluca*.

—¿Lo ves? —sonrió—. Creo que nunca nos hemos parecido tanto. Déjame que te imite.

Y Marina hizo unos gestos que hicieron sonreír a Carla con ganas.

—¡Perfecto! Espero que el viejo no se dé cuenta. Tiene la manía de permanecer casi a oscuras. Además... no ha intimado lo suficiente contigo para notar la diferencia.

—Puedes apostar a que no —repuso Carla—. Pero... ¿por qué te interesa tanto?

—Hay que aprovechar la ocasión. Billy es generoso. Yo poseo lo que él desea... —Y le guiñó un ojo, añadiendo—: Si una no se aprovecha cuando pasa su vez... Hay que saber vivir. Vivir bien, como a mí me gusta.

—Si se entera Edward...

—Edward no tiene por qué enterarse. Además, me importa un bledo. Es el padre el que tiene el dinero. Edward vive solo a su sombra.

—Está bien, que tengas suerte.

—Y tú, espabila un poco. No creas que esta clase de vida se regala así como así... Está bien que te hagas la decente, pero no te pases...

El teléfono interrumpió la conversación. Lo tomó Carla, mientras Marina se daba los últimos retoques al maquillaje.

Al otro lado del hilo, sonó la voz de Tony, que dijo:

—No digas nada. Necesito verte con urgencia. Puede ser

importante. En la playa del Continental. Si no estás sola, finge que me he equivocado.

Carla, dando a entender que había comprendido perfectamente, gritó:

—Pero ¿quién demonios es usted? ¿A qué habitación llama? ¡Bah! Se ha equivocado de número. —Y colgó.

—Un gracioso —comentó quitándole importancia.

Poco después, Marina salió de la estancia con un:

—Hasta luego.

Carla asintió con la cabeza. Deseaba que su amiga se fuera para, a su vez, poder marcharse ella también, y Reunirse con Tony.

Inmediatamente, salió de la *suite*, tomó el ascensor y descendió hasta la planta baja.

La heterogénea multitud se dirigía a la sala de fiestas del hotel; otros se hallaban reunidos en el bar del *hall*; *había grupos que comentaban, y más de uno se volvió, deslumbrado por la belleza de Carla, que cruzó con naturalidad hasta la calle.*

Atravesó la amplia avenida, y se perdió en la penumbra del otro lado del paseo.

Anduvo hasta la playa privada del Continental.

A lo lejos, en la iluminada piscina, algunos bañistas, más o menos alegres, se estaban bañando.

Carla pasó por la zona de las cabinas. Era el lugar más oscuro.

Una sombra surgió tras ella, y enseguida escuchó la voz de Tony:

—No te asustes, soy yo.

—¿Qué tenías que decirme?

—¿Te suena el nombre de Mirelle Ponti? —preguntó él.

—No.

—El viejo tiene una lista con nombres de chicas en su caja fuerte. La tal Mirelle Ponti aparece subrayada.

—¿Recuerdas esos nombres?

—Había como una veintena. He retenido unos cuantos. —Y empezó a nombrar algunos.

Carla iba negando.

—Betty Simmone debe ser inglesa o americana —siguió él—. Patricia Hunter... Claudete Harmand.

—No. No sé quiénes son... ¡Espera! Esa Patricia Hunter... Me suena, no recuerdo bien de qué... Si logro recordar ya te diré algo.

—La que más interesa, por el momento, es esa Mirelle Ponti. El subrayado parece que indique una cierta prioridad. ¡Ah! Otra cosa, esta noche toma ese yate de recreo, el *Dominique*, y abre bien los ojos.

—¿Y tú?

—Vigilaré a Marina.

—No creo que lo consigas. Va a pasar la noche en la *suite de Billy*. ¿No sabes? Pretende hacerse pasar por mí. No creo que al viejo le importe demasiado, aunque llegue a descubrirlo.

—¿Dices que Marina está en la *suite de Billy*? —preguntó Tony extrañado.

—Sí. ¿Te extraña?

—El viejo no está. Oí decir que da una fiesta en su casa. En esa villa que tiene en la colina.

—No es posible. Él mismo la ha citado. Es decir, me ha citado a mí... En la *suite*.

—Humm... aquí pasa algo raro. Bueno, tú sube al yate y mantón abiertos los ojos. No pierdas tiempo. Es la hora. Ve al embarcadero.

Se despidieron, pero antes de irse cada uno por su lado, Tony la cogió con fuerza y la besó.

—¡Suerte! —dijo.

—¡Hijo, te cogen unos prontos! —murmuró ella, pero en el fondo le gustó el beso.

El iluminado vate de recreo se estaba aproximando al embarcadero para hacer su ruta habitual.

Tony eligió la puerta de servicio para introducirse en el hotel. Subió a pie la escalera, a fin de no cruzarse con nadie.

Tuvo que meterse en uno de los corredores cuando escuchó la voz de dos muchachos, que bajaban charlando y riéndose. Luego reemprendió la ascensión.

Al llegar a la décima planta, observó bien el corredor para cerciorarse de que no había ningún fisgón.

No. Estaba en perfecto orden, y reinaba el más absoluto silencio.

Tampoco había nadie delante de la puerta de la *suite de Billy*.

Escuchó unos momentos pegado a la puerta. Del interior no provenía el menor ruido.

Iba a utilizar nuevamente un alambre para fabricar se una ganzúa, cuando advirtió que la puerta no estaba cerrada con llave.

La empujó suavemente.

La habitación estaba en la penumbra. Una débil luz indirecta permitía habituar los ojos y ver el amplio *hall*.

Allí no había nadie.

Con menos ruido del que hubiera hecho un gato, Tony registró toda la casa.

Nadie. Ni el viejo ni Marina.

Pensó, por un momento, que la muchacha habría sido advertida para que fuera a la fiesta particular de Billy en su villa. Se encogió de hombros, y volvió a pensar en la lista de la caja fuerte. Quizá ahora fuese una buena ocasión para volver a abrir la caja y copiar todos los nombres.

Pensado y hecho. Abrió de nuevo la caja, aguzando el oído para no volver a ser sorprendido, como la vez anterior.

Abrió la caja, pero se encontró con la sorpresa de que estaba vacía. Billy, sin duda, se había llevado el papel; eso podía indicar una sospecha por parte del hombre.

Salíó de la *suite dispuesto a recorrer el mismo camino utilizado para subir*.

La conversación de dos hombres que subían por la parte del comedor le hizo esconderse en el rellano, tras la puerta de la escalera de servicio.

Reconoció las voces de Gardier y Marc.

—¿Algún contratiempo?

—Trabajo fino. Espero que esta vez el viejo no tenga queja.

—¿No te habrá visto nadie? —siguió preguntando Gardier.

—Puedes estar tranquilo.

—Bien. Yo tengo que ir al barco. Ya sabes.

—De acuerdo. Echaré un vistazo a la *suite para asegurarme de que todo está en orden. Aunque estoy seguro de que no hallarán la menor prueba*.

«¿De qué estarán hablando?», se preguntaba Tony, y la verdad es que aquella conversación no presagiaba nada bueno. Por otra parte, había oído que Gardier tenía que ir al barco.

¿Sería el *Dominique*?

Bueno, en tal caso allí estaría Carla para vigilar lo que ocurría.

Claro que...

—¡Ahí está! Ahora la traen —exclamó uno de los bañistas de la

piscina privada del Continental, enclavada en la misma playa. Era el lugar donde una hora antes habían estado conversando Carla y Tony.

Si el que acababa de gritar estaba borracho, los efectos de la bebida se le pasaron instantáneamente al contemplar el cuerpo inerte de la muchacha en el agua. Muerta.

Algunos de los noctámbulos bañistas habían decidido echarse desnudos al agua para continuar la juerga. De pronto, uno de ellos descubrió aquel cuerpo que flotaba gracias a que una parte del bikini de la muchacha se había enganchado en un afilado saliente de una de las rocas de la zona próxima a la playa.

Luego, una lancha había recogido el cuerpo de la hermosa muchacha.

El ulular de la sirena de una ambulancia, precedida por dos motoristas, se oía a lo lejos.

Tony se aproximó entre los curiosos.

Alguien había sacado ya el cuerpo de la muchacha, que dejaron sobre la fina arena de la playa.

—Está muerta —era el comentario general.

Tony clavó la mirada en la bañista. Era Marina.

«Esto no ha sido un accidente», pensó.

Volvió al paseo y, a lo lejos, observó la iluminación del yate de recreo, que surcaba la bahía para deleite de los turistas.

Pensó en Carla.

«Ella era la que tenía que reunirse con Billy en la *suite*... una *suite* en la que no había nadie, y todo es taba a oscuras —seguían los pensamientos de Tony—. ¡No hay duda de que la han confundido!».

Se estremeció pensando en el peligro que ahora podía correr Carla en el yate.

Se dirigió directamente al embarcadero. A aquellas horas no había nadie que pudiera alquilarle una lancha; no obstante, se las arregló para desamarrar una de las muchas que allí había. Instantes después, ponía proa hacia el *Dominique*.

La idea de que pudiera llegar demasiado tarde le hizo apretar los dientes. Y soltó una maldición.

El *Dominique* estaba bastante lejos de la costa, y pronto se ocultaría entre la breve cadena de arrecifes al final de la bahía.

CAPÍTULO VII

El detective George Gardier había llegado al embarcadero sur, justo en el mismo lugar donde el día anterior Carla había visto a Edward y a Marina.

Y fue allí mismo donde subió él. Iba acompañado de una muchacha rubia muy llamativa. El maquillaje no ocultaba la juventud de la mujer. Apenas si llegaba a los veinte años.

Carla le observó desde la cubierta superior. Gardier no la vio de momento y, junto con su pareja, se mezcló entre los pasajeros que se divertían bailando al son de la pequeña orquesta que animaba el viaje.

Corría el champaña, y los camareros servían pastas o emparedados a la concurrencia.

Carla bajó un par de peldaños de una de las escaleras que conducían a la cubierta principal, y observó a la pareja.

Gardier estaba bailando con su pareja, la rubia con la que había subido al *Dominique* momentos antes.

Una voz a su espalda estuvo a punto de arrancarle un grito de espanto, pero supo dominarse.

Era un hombre, un galanteador solitario, joven, el típico *play-boy*, en busca de casadas aburridas, aunque no desechan la posibilidad de «ligar» con chicas que valgan la pena y, si tienen dinero, mejor que mejor.

—Esto parece un poco *demodé*, ¿no crees? —La tuteó, sin más, al tiempo que clavaba sus ojos en el generoso escote de Carla.

—¿A qué te refieres?

—Esa música y el par de docenas de carcamales bailando. ¡Qué romántico!

—Pues yo no lo encuentro tan mal —repuso ella.

—Sin embargo, estás sola. Como yo.

—Me gusta que me dé el aire. Y a veces también me gusta la

soledad.

—Somos dos corazones gemelos...

Ella iba a replicar algo, pero observó que Gardier y su pareja habían desaparecido.

—¡Eh! Te estoy hablando —insistió el galanteador.

—¿Cómo te llamas? —inquirió Carla mirándole a los ojos.

—Para los amigos, Bobo... ¿Te gusta?

—Mira, Bobo... Si piensas «ligar» conmigo, no malgastes esfuerzos. Utilízalos para quien pueda complacerte. Lo siento.

Sobó se quedó con la expresión del perdonavidas que parece pensar: «Tú te lo pierdes».

Claro que Carla ni siquiera se fijó en él. Le intrigaba aquella desaparición de Gardier y su acompañante.

Al llegar a la cubierta principal, les vio descender por una de las escaleras que daban acceso a la cubierta inferior.

Mezclada entre las parejas, y rechazando una copa de champaña que le ofrecía un camarero, atisbo desde lo alto de la escalera.

La pareja formada por Gardier y la llamativa rubia habían llegado a la parte inferior.

Carla descendió con alguna prudencia.

Al llegar abajo se encontró con una pequeña salita que distribuía cuatro camarotes. A un lado, un corredor se adentraba hacia la popa del barco. De la parte de más abajo llegaba el ruido de la maquinaria.

«Se han metido en uno de esos camarotes», pensó.

Se aproximó a uno, y se quedó escuchando unos momentos. No oyó nada, probó en otro y le parecía que alguien exhalaba un suspiro, y una voz tenue murmuraba algo ininteligible.

La presencia de uno de los hombres del barco, procedente del corredor de proa, la puso en guardia, y procuró disimular.

—¿Busca algo, señorita? —le preguntó el individuo. Era un tipo alto y fuerte. Su musculatura amenazaba con romper las cortas mangas de su jersey marinero.

—¡Oh, no! Curioseaba. Me gustan los barcos.

—La fiesta es arriba, señorita. Esto es privado —repuso el tipo sin la menor amabilidad.

—¡Ah! Lo siento.

Carla dio media vuelta y subió, pero en su interior pensaba que

lo de abajo «no era tan privado», ya que por lo menos una pareja estaba ocupando uno de los camarotes.

Iba a subir cuando llegó hasta ella, y procedente del camarote en el que había estado escuchando, una voz de hombre, la de Gardier, que decía:

—No va a ocurrirte nada, Mirelle. Anda, tomemos una copa. Esto te animará.

Se volvió. El tipo seguía tras ella, observándola.

Ella subió, recordando el nombre pronunciado por Gardier: Mirelle.

«Mirelle Ponti, tal vez...», añadió pensando en uno de los nombres que le había facilitado Tony.

De nuevo en la cubierta principal se encontró con Bobó, que la miraba con aquel aire superior.

—¿Buscando pareja? ¿O es que te han dejado plantada?

De pronto, se le ocurrió algo.

—Oye... Si hubiera cambiado de opinión y precisara compañía...

Él sonrió como si hubiera estado seguro de que Carla acabaría proponiéndoselo.

—Bien, yo soy complaciente con las damas, siempre que no me obliguen a bailar demasiado.

—Abajo hay camarotes —sugirió ella.

—Da, da... —expresó el *play-boy*—. Es privado. En este barco todo es serio.

—Hay cosas que pueden arreglarse con... —Abrió el bolso y buscó con la mirada al tipo que la había sorprendido abajo.

—Nada de ésa, muñeca. Tu pasta, aquí, no te serviría. Conozco al personal de a bordo. Aquí hay mucho rigor.

—Sin embargo, sé que abajo hay alguien. En un camarote...

—Invitados del patrón. ¿Conoces tú al patrón?

—Yo sólo soy una turista —repuso ella encogiéndose de hombros.

Quería bajar, estar cerca de aquel camarote; presentía algo, aunque ignoraba su alcance. El *play-boy*, aquel engreído de Bobo, parecía saber bastantes cosas.

—¿Qué pasa en este barco? —murmuró con desinterés—. ¿Hacen contrabando?

—De esas cosas yo no me ocupo. Lo mío es vivir bien, y si se tiene a una muñeca como tú...

La rodeó por la cintura y le mostró el mar. Estaban muy lejos de la bahía. Entre los arrecifes. En aquel sector, la oscuridad era total. Las luces del puerto, con sus hoteles lindantes, sus *nights-clubs*, sus *boîtes y discotecas*, con toda su catarata lumínica, parecían estar al otro lado del mundo.

—¿Ves? Ahora daremos la vuelta. Dentro de una hora, el *Dominique* regresará. Luego, podemos ir a tu hotel, si lo prefieres.

—¿Una hora? —murmuró ella cuando el barco parecía aminorar su marcha.

—Más o menos. Es la costumbre.

—Tú estás enterado de muchas cosas.

—La costumbre —insistió él.

Ella apartó el brazo que la ceñía, y se apoyó en la borda.

—¿Nos paramos?

—Hay una playa pequeña aquí cerca.

—¿Y baja alguien?

—No. Los pasajeros no pueden desembarcar.

—Entonces, ¿por qué se detienen? —inquirió ella.

—Tal vez para que baje algún miembro de la tripulación o suba alguno de los guardas. Yo no lo sé.

—Creí que lo sabías todo.

—Sólo lo que me interesa —repuso él.

Ahora el barco se había detenido, aunque no habían echado el ancla.

El vaivén de las aguas lo movía de costado. Carla y Bobo estaban al lado del mar, y ella prefirió cambiar.

—Quiero ver esa playa.

—Está lejos, nena. —Pero Carla se apresuró a dirigirse al otro lado.

La música seguía sonando, y el jolgorio de los pasajeros, con el continuo trasiego del champaña, había aumentado.

En la oscuridad, Carla vio perfectamente cómo alguien, con una barca, se había acercado a la escotilla de babor, y alguien sacaba algo así como un bulto.

Gardier asomó un momento por la portezuela, ayudando al par de hombres que cargaron la «mercancía» en la barca. Una

mercancía que tenía aspecto de tratarse de un ser humano envuelto en una manta o algo parecido.

«¡Mirelle!», pensó Carla.

CAPÍTULO VIII

La operación apenas había durado unos minutos, y pocos fueron los que se dieron cuenta de lo que ocurría. Todo el mundo parecía ocupado en bailar, en charlar alegremente y en consumir el champaña, que seguía sirviéndose sin cesar.

—Si prefieres bailar, ahora están tocando algo animado —dijo Bobo, mientras el conjunto, para demostrar que sabía estar al día, interpretaba una estridente pieza, todo ritmo, para que todo el mundo se moviera como Dios le diese a entender.

Pero Caria estaba demasiado preocupada con lo que había visto. Y pronto tendría motivos para preocuparse más, pero de momento... De momento, pensaba en la muchacha.

Luego vio subir a Gardier sólo de la parte inferior.

El detective hizo una seña a un camarero y, cuando éste se aproximó, tomó una copa de la bandeja.

El hombre estaba aún algo separado de la muchacha, y entre ambos se movían varias parejas, más o menos, al frenético ritmo que el conjunto interpretaba.

Gardier dio un paso hacia delante. Por un instante, se produjo un claro entre la posición que él ocupaba y el lugar donde Carla se hallaba, junto a Bobo.

Los ojos del detective se agrandaron de tal forma que amenazaron con salirse de sus cuencas.

Otro claro, y la visión de Carla fue perfecta para el detective a quien, sin poderlo evitar, resbaló su copa de la mano, como si acabara de ver a un fantasma.

Ella notó sobradamente el aspecto de pasmo que su presencia le producía, pero disimuló, y adelantándose hacia el murmuró:

—¿Ya no saludas a los amigos?

—Ca... Carla —logró tartamudear el hombre.

—Sí, hombre. Soy Carla. Parece que hayas visto un fantasma.

—No, no... no... Es que... Que... no esperaba verte en el barco. Eso es todo. Me ha sorprendido. Me ha sorprendido gratamente. De veras.

Bobó intervino:

—Oye, guapa. ¿Estás con él o estás conmigo?

—Estoy saludando a un amigo. Ya lo ves —reprochó ella sin volverse.

—¿Cuándo has subido? —preguntó Gardier de pronto.

—Desde el principio. Pero es curioso —añadió ella, intencionadamente—. No te he visto hasta ahora. Y esto no es tan grande... ¿Estabas escondido?

—¿Esconderme aquí? ¿Dónde? ¡Qué tontería! Bueno, lo que pasa es que me quedé charlando con unos muchachos de la tripulación amigos míos.

«Maldito embustero», pensó ella.

Pero en voz alta murmuró:

—¡Claro! Por eso no nos hemos visto.

—Creí que estabas en la fiesta de Billy.

—¿Una fiesta?

—Sí. Da una fiesta en su villa. Imaginaba que había invitado a todas las chicas bonitas del hotel.

—¿Has dicho que Billy estaba en su villa? —recalcó ella.

—Sí...

—Creí que estaba en su *suite del hotel*.

—No, no... Allí no hay nadie, al menos que yo sepa. Ahora el desconcierto era mutuo.

«¿Qué está pasando aquí?», se preguntaba Carla. Mientras, Gardier pensaba también para sí: «¿A quién habrá eliminado Marc?».

—Oye... ¿por qué no charlamos en un lugar tranquilo? —insinuó, de pronto, el detective—. Podemos bajar.

Ella se volvió hacia Bobó, y sonrió:

—Creí que estaba prohibido.

—Bueno, yo... yo conozco al capitán. Es amigo mío, ¿sabes? —Y volviéndose hacia Bobo, murmuró, demostrando conocerle perfectamente—: Y tú, Bobo, vete a pescar a otro puerto. Ella no es de las que tú persigues.

El *play-boy* observó, sin inmutarse, cómo ambos se dirigían

hacia la escalerilla de la cubierta inferior.

Carla estaba llena de curiosidad, pero no olvidaba que a la vez podía correr un gran riesgo.

En realidad, lo estaba corriendo.

La única persona que hubiera podido ayudarla, *in extremis*, era Tony.

Pero el joven se hallaba a la mitad justa de camino, luchando con el maldito motor de la lancha.

Se había quedado sin gasolina.

Utilizando los remos, trataba de aproximarse al barco, que ya asomaba por la punta de la bahía. El encuentro todavía tardaría bastante tiempo en producirse. Un tiempo que podía resultar decisivo para la seguridad de Carla.

Y Carla se hallaba de nuevo en la cubierta inferior, en el pequeño saloncito que distribuía los cuatro camarotes.

—Entraremos ahí —indicó Gardier.

Pero la mirada de Carla estaba fija en el camarote señalado como C-4.

Era el que había ocupado antes él, con la muchacha llamada Mirelle.

—¿Por qué no éste?

El detective la miró unos instantes, en silencio.

—¿Por qué éste precisamente?

—No sé —disimuló ella con su habitual desparpajo—. Tal vez por el número. El cuatro me da suerte. Una vez me tocó un reloj, en una tómbola, con el número cuatro.

—Está bien. Si te empeñas... Lo que no puedo asegurarte —añadió Gardier—, es que haya mucho orden. Esos camarotes los ocupan los de la tripulación, y no son muy ordenados que digamos.

Abrió la portezuela e hizo paso a la muchacha.

Lo primero que saltaba a la vista eran tres cosas. Primera: Que en el camarote no había nadie. Segunda, allí se había estado fumando y bebiendo. Todavía podían verse un par de copas. Carla se acercó a la mesita donde estaban esas copas. En una de ellas había manchas de carmín. La tercera cosa era que el desorden, sobre todo en la cama, era más que evidente.

—La tripulación debe pasarlo muy bien —murmuró la muchacha señalando las copas.

—El patrón les trata bien. Vamos nosotros a tomar una copa. No te muevas. Voy por un par de ellas.

—Estupendo —murmuró ella ante la posibilidad de quedarse sola.

Cuando Gardier salió, hizo saltar el pestillo exterior de la empuñadura para que la muchacha quedara encerrada.

Se quedó unos instantes inmóvil en la puerta, y luego pasó al camerino contiguo.

Entró. Cerró tras sí y abrió uno de los armarios empotrados. En el interior no había más que un gran espejo y un pequeño mostrador con botellas. Bajo el mostrador, un armario refrigerador.

De momento no tomó ninguna botella ni vaso, se limitó a encender una luz, y repentinamente el espejo se convirtió en un cristal donde podía observarse, con toda claridad, lo que ocurría en el camarote contiguo.

Así el detective pudo ver cómo Carla buscaba afanosamente por la habitación.

Sin duda, trataba de encontrar huellas de la presencia de la muchacha. De Mirelle.

Volvió hacia la copa manchada de carmín, y olió el *rouge* unos instantes.

Buscó por el suelo, y se inclinó para recoger algo. Era una especie de botón adorno perteneciente a su zapato.

En la cama, bastante revuelta, habían también huellas de carmín y algo que también recogió, pero que, por estar de espaldas a Gardier, éste no pudo ver que se trataba de un par o tres de largos cabellos rubios.

«La han narcotizado, no hay duda —pensó—, y luego se la han llevado... Hasta es posible que ese guarro haya hecho antes el amor con ella. Tengo que hablar con Tony de todo esto».

Gardier, que había terminado ya su observación, entró con una botella abierta y un par de copas a medio llenar.

—Coge la botella. No puedo con todo —rió él fingiendo absoluta naturalidad.

Cuando Carla hubo dejado la botella sobre la mesa, Gardier le ofreció una copa.

—Ahora, brindemos por ese feliz encuentro.

Ella observó su copa.

«¿Pretenderá narcotizarme a mí?», se preguntó.

—¿Chin-chin? —sonrió Gardier con prisa para que la muchacha llevara su copa a los labios.

—Chin-chin —murmuró ella, y él empezó a beber.

Carla aproximó su copa a los labios y luego, fingiendo un tropezón, cayó sobre la cama, derramando todo el líquido entre sábanas y colcha.

—¡Oh! ¡Qué torpe! Se ve que no estoy acostumbrada a ir en barco...

—Apenas se mueve —murmuró él.

—Bueno. De todos modos, no me quedo sin champaña. Dame tu copa. —Y sin esperar respuesta, la tomó de sus manos y la llenó de la botella, ofreciéndosela a él sin soltarla.

—Un sorbito para ti... Y el resto me lo acabo de un tirón.

Él bebió casi por obligación, y Carla cumplió lo que había dicho tomándose de un trago, que bien necesitaba, el resto del dorado líquido.

Tenía la sensación de haber ganado un *round*...

—De todos modos, voy a buscar otra copa —murmuró él—. Todavía tenemos tiempo para charlar un buen rato, y una botella de champaña dura poco.

—No te molestes. Oye... precisamente quería preguntarte por Marina... Me prometiste ocuparte de ella. —Carla trataba de evitar que se fuera a preparar Dios sabía qué otro mejunje.

—Estoy aquí en un segundo, encanto. Luego hablaremos de tu amiga, ¿eh? —Y volvió a salir.

Carla pensó:

«No hay duda que trata de mantenerme encerrada», intuitivamente fue hacia la puerta y vio que estaba cerrada.

Y pensó que se hallaba metida en un buen lío.

CAPÍTULO IX

Esta vez George fue directamente a hablar con el patrón. Se trataba de un hombre rudo y malcarado, cuyo elegante uniforme no podía ocultar un quehacer rudimentario.

—Oye, Pascal, tengo problemas. ¿Sabes si esa chica ha estado bailando o hablando con alguien?

—¿Te refieres a la que te has llevado abajo hace poco?

—La misma.

—Bobó iba detrás de ella. Creo que ha pasado la mayor parte del tiempo sola. ¿Qué pasa con ella?

—Humm. No lo sé. Tengo que hablar con el jefe. Date prisa en llegar.

—De acuerdo...

—Otra cosa. Ella no va a bajar del barco, se quedará abajo. Quisiera estar seguro de que nadie, en el barco, la echará de menos. Y no me refiero a Bobo.

—De acuerdo. Si descubro a alguien que la busca te informaré.

—Bien. Ahora necesito algo más. ¿Dónde está Jaques...? Necesito... *cigarrillos*.

Jaques era el tipo joven y atlético, y además malcarado, que había advertido a Carla que estaba prohibida la estancia en la cubierta inferior.

Jaques le proporcionó un determinado cigarrillo, que el detective introdujo en una pitillera, junto con otros. Luego volvió al camarote de la joven, mientras el patrón imprimía una mayor velocidad al yate sin que nadie, entre los pasajeros, pareciese darse cuenta de la repentina prisa.

Gardier se hallaba de nuevo en el camarote, con Carla, que respiró tranquila al ver que su acompañante regresaba con una copa vacía.

—Perdona la tardanza. En la cocina no dan abasto limpiando

copas...

Era una burda y estúpida excusa, pensó ella.

—Bueno, otro brindis y luego charlamos mientras nos fumamos un cigarrillo.

Bebieron y, seguidamente, él extrajo la pitillera, tomó un cigarrillo para él, y ofreció otro a la muchacha. La verdad es que, tapando prácticamente el otro que le quedaba, la obligó a tomar el que él quería que tomase.

Luego le acercó el mechero encendido y la muchacha, tras la primera chupada, lanzó al aire el azulado humo. Gardier sonrió, satisfecho...

—¡Eh! —gritó alguien haciendo señas desde una lancha.

Era Tony.

Con una linterna hacía señales.

El patrón, junto al llamado Jaques, murmuró:

—¡Que se quite de en medio ese imbécil!

—Va remando. Se habrá quedado sin gasolina. Seguro que querrá que le echemos un cabo.

Jaques se asomó a la borda, mientras Tony, feliz ya por su encuentro con el barco, gritaba:

—Necesito que me remolquen... Estoy agotado de tanto remar. Ese cacharro se ha quedado sin gasolina...

Entretanto, Carla llevaba ya la quinta o sexta chupada, y empezaba a sentir unas extrañas náuseas. Trató de pensar en las posibles causas, pero el pensamiento se le nublaba con la misma rapidez que la vista.

Todo lo veía borroso ante sí.

Intentó sujetarse a algo, pero sus manos encontraron primero el vacío. Luego, los brazos de George la sostuvieron unos instantes, pero ella no se daba cuenta de nada.

Perdido por completo el conocimiento, a causa del narcótico que contenía aquel cigarrillo especial, Gardier la dejó caer sobre la cama, al tiempo que consultaba su reloj.

—Bueno... Dormirá una hora, por lo menos. Hay tiempo...

La lancha era arrastrada por el yate, mientras Tony había subido a bordo utilizando la escalera que sobresalía al costado del buque. Más que subir, trepó.

Mezclado entre los pasajeros, alegres ya en su mayoría, o más

bien rayando en la borrachera, trataba de localizar a Carla.

Gardier subió a cubierta. Bobo le observaba desde lo alto, pero ante la mirada del detective se volvió hacia la nueva conquista que había hecho. Una americana en vacaciones, que había bebido más champaña del que su cuerpo podía admitir. Algo entrada en años, pero bien conservada. Bobo sabía bastante de aquel tipo de viudas de verano y, sobre todo, sabía cómo tratarlas.

Tony, procurando no llamar demasiado la atención, bajó a la cubierta inferior, en su afán de encontrar a Carla.

El saloncito distribuidor estaba vacío. Miró las puertas, dudando, cuando la voz del fornido Jaques le advirtió:

—Eh, amigo. No debió haberse movido de la lancha. Además, está prohibido a los pasajeros permanecer en esta cubierta.

—Lo siento, pero estoy buscando a alguien, que no consigo encontrar, y sé que está en el yate.

—Busque por arriba —repuso Jaques.

—Ya he buscado.

—Bueno, ya le he dicho que aquí no puede permanecer —repitió Jaques, impacientándose.

—¡Oiga! ¿Quién manda en este barco?

—El patrón —repuso Jaques, después de pensarlo unos momentos.

—Entonces, quiero hablar con el patrón. Él decidirá si puedo seguir aquí o no.

—¡Se lo digo yo, y basta! —espetó Jaques dispuesto a todo.

Tony comprendió que ante aquel tipo sólo cabía emplear la fuerza bruta. No obstante, insistió:

—Quiero hablar con el capitán. Y no pienso moverme de aquí...

—En tal caso... —Trató de sujetarle, consciente de su propia fuerza, pero Tony le apartó de un empujón.

—No me ponga encima sus sucias pezuñas, amigo. Que venga el patrón, o el que se larga de aquí es usted...

—Quiere que se lo diga de otro modo, ¿eh? Usted lo ha querido...

Y el musculoso Jaques disparó su puño derecho, directo a la mandíbula de Tony, donde hubiera dado de lleno si el joven no hubiese esquivado en el momento justo, consiguiendo que el golpe lo recibiera el propio agresor al darlo contra un saliente del salón.

Dolido por el daño recibido, y enfurecido por la burla, soltó la zurda.

Esta vez, Tony esquivó agachándose, al tiempo que propinaba dos golpes consecutivos y demolidores en el abdomen de su rival.

—Si lo quieres así, te daré ese gusto —musitó mientras el otro se retorció de dolor, sin la menor exclamación.

Trató Jaques de reaccionar, pero se encontró con el dorso de la mano de Tony, que le golpeó el rostro hasta cuatro veces, obligándole a retroceder.

Cuando Jaques quiso pasar a la ofensiva, se encontró de nuevo con la diestra cerrada de Tony contra su rostro.

Medio atontado, trastabilló, lo que aprovechó Tony para golpearle con el canto de la mano en el pecho y, posteriormente, en la espalda.

Eran golpes rápidos, seguros y precisos y, sobre todo, contundentes.

El marinero se desplomó con la sensación de que todas las estrellas del firmamento caían sobre él.

Libre de su antagonista, Tony se orientó nuevamente. Primero probó fortuna en uno de los camarotes. Estaba vacío.

El segundo estaba cerrado con llave, forcejeó un instante y se decidió por el tercero. Era el C-4.

Cerrado por fuera, no le fue difícil descorrer el pestillo adherido al pomo, y abrir la puerta.

Sobre la cama yacía, todavía inconsciente, Carla.

—¡Carla! —Silabeó en una sorda exclamación.

Cerró la puerta tras sí y se dirigió junto a la muchacha, a la que trató de reanimar dándole algunas palmadas en el rostro.

La muchacha murmuró algunas palabras incoherentes, pero permaneció en su estado.

—Te han narcotizado... Querían deshacerse de ti... Es mejor que despiertes. ¡Vamos, inténtalo!

Todo era inútil.

Buscó algo para reanimarla, pero no encontró nada a propósito, y al fin decidió cargar con ella.

—En la cubierta no se atreverán a hacerte nada. Hay demasiada gente —comentó, como si ella pudiera oírle.

La sacó en brazos y, cuando iba a subir por la escalerilla, unos pasos se precipitaban hacia abajo. En el suelo yacía, todavía inconsciente, el cuerpo de Jaques.

Tony, sin soltar a la muchacha, se metió en el camerino contiguo, el del espejo policía, y cerró rápidamente la puerta.

El que bajaba era Gardier, que lo primero que vio fue el cuerpo de Jaques.

Lo observó un instante y, viendo la puerta del
C-4

abierta, entró como una exhalación.

La ausencia de la inconsciente Carla le hizo vacilar... ¿Qué demonios había pasado allí?

Tardó unos segundos en reaccionar, pero al fin se decidió a salir. Iba a buscarla en otro camarote, y eligió el que ocupaba Tony, que había depositado el cuerpo de la muchacha en la cama.

Tony, al ver que la puerta se abría, se escondió detrás. Gardier reaccionó demasiado tarde porque al ver a la muchacha ya no pensó en nada más. Es decir, pensó algo, pero no pudo definirlo porque recibió un golpe en la nuca que le hizo perder el sentido.

Cayó sobre la moqueta del compartimiento, sin enterarse de quién le había golpeado.

—Ahora hay que salir de aquí —murmuró Tony, y concentró todos sus esfuerzos en que la joven Carla pudiera incorporarse.

Inconsciente aún, Tony la ayudó, obligándola a andar. Ella apenas podía.

—No importa. Creerán que has bebido demasiado. Arriba están casi todos borrachos.

Bastaba abrir la portezuela para escuchar el clamoreo de la gente, que casi disimulaban los acordes del conjunto musical.

Poco a poco, fue subiendo la escalera.

Al llegar a lo alto, casi nadie se apercibió de ellos.

Tony echó un vistazo hacia el cercano puerto. Se estaban aproximando. Llegarían antes de diez minutos.

La brisa marítima empezaba a obrar algún efecto en la inconsciente Carla.

Pero abajo, Jaques también comenzaba a reaccionar.

Sacudió la cabeza de un lado a otro, como si quisiera arrojar el amodorramiento producido por los golpes certeramente dirigidos

que le había propinado Tony. Le dolían las vértebras, y sentía el natural dolor en todo el cuerpo. Aun así, se incorporó.

Al ver abiertas las puertas de los dos camarotes, se precipitó primero al 4, y luego al que yacía, inconsciente, Gardier.

Lanzando una maldición, se precipitó escaleras arriba. Tony, junto a la borda, sostenía a la muchacha.

El marinero pasó entre la gente y, a cierta distancia, observó a la pareja.

Con mirada vengativa desafió a Tony, pero el barco cada vez estaba más próximo al puerto.

El joven, con la muchacha todavía sin noción de la realidad, se mezcló entre los restantes pasajeros.

El marinero sacó una navaja automática. Ninguna persona reparaba en el drama que se estaba avecinando. La orquesta seguía interpretando las melodías finales.

Un vals era la pieza de despedida. Tony, mezclado entre los alegres danzantes, sostuvo a la muchacha, obligándola a seguir las notas. Jaques permanecía en medio de la gente. Su navaja lanzaba destellos.

Tony, con su pareja imposibilitada de seguir las notas, empujaba a unos y a otros.

Tenía que ganar tiempo al tiempo, y no por miedo a la amenaza del sujeto de la navaja, sino porque no podía soltar, ni un instante, a su preciosa pareja.

El yate estaba amarrando prácticamente. La gente seguía el jolgorio y, entretanto, de la escalera inferior surgió Gardier, recuperado ya, y, dándose cuenta de la situación, hizo una seña a Jaques para que cubriera la salida.

En el extremo de la cubierta superior apareció otro marinero.

Tony estaba prácticamente rodeado.

El barco seguía atracando en el muelle.

La música sonaba aún, en sus últimos compases.

Tony se aproximó a la salida, mezclado con los primeros que ya se disponían a bajar.

Bobó estaba cerca de ellos, con su conquista, la viuda americana de verano. Al reconocer a la muchacha, murmuró:

—¡Vaya! Ya ha cambiado de pareja... Parece que está algo mareada, ¿no?

Jaques hizo una seña a Bobó para que se apartara. Tony y la muchacha tenían el paso franco, pero debían enfrentarse con la navaja de Jaques.

Didier se aproximaba también. Y el patrón surgía por el costado, pendiente igualmente de lo que ocurría.

Tony sólo vio una opción para salir airoso de aquella situación.

Tenía a Bobó a su lado, junto con la americana. Le empujó con tal fuerza que le hizo caer contra Jaques que, ante el inesperado empuellón, perdió el equilibrio.

Rápidamente, y con el campo libre por unos segundos, Tony bajó, arrastrando casi a la joven.

Gardier hizo un gesto para inducir a Jaques a que le siguiera, pero otros pasajeros se disponían a bajar al mismo tiempo, y alguien protestó:

—¡Eh! No empuje.

Tony había llegado abajo y, tomando a Carla casi en volandas, se alejó hacia la parte más oscura de la dársena, aproximándose a la playa.

Un taxi libre maniobraba por aquel Jugar, y el joven le hizo una seña.

—¡Deprisa...! ¡La chica está mareada! —dijo.

La introdujo en el coche, mientras Jaques había iniciado ya la persecución.

—¿Dónde vamos? —El chófer no parecía tener prisa.

—¡Rápido! Larguémonos de aquí lo antes posible.

El taxista se encogió de hombros, y puso en marcha el vehículo antes de que Jaques pudiera alcanzarlo.

Gardier ordenó:

—¡Síguelos!

Y Jaques se hizo con una motocicleta para seguir al vehículo en el cual viajaba la pareja.

CAPÍTULO X

—¡Oiga! —advirtió Tony al chófer—. Trate de despistar a ese motorista que nos sigue. Es un asunto personal. Un tipo celoso, ¿sabe? Odio las escenas...

—Quiere una carrera, ¿eh? Bueno... a mí me gusta, pero esto es extra.

Tony le largó un billete de cien francos, y murmuró:

—Eso es sólo una propina. Pise fuerte el acelerador.

—Con mucho gusto, amigo. —Y el taxi comenzó a distanciarse del motorista.

Tomando curvas cerradas, virando en el último momento, y utilizando estrechos callejones, dio algunas vueltas por la periferia.

Jaques seguía detrás. A veces tenía que frenar para retroceder y seguir a la pareja, pero no perdía contacto.

El chófer demostró conocer su oficio cuando enfiló por una empinada calle para descender por un callejón, por el que tuvo que saltar un par de escalones.

—Usted paga los desperfectos, amigo —dijo, y parecía divertirse con la carrera.

Al final del callejón, una curva cerrada, engañosa para un inexperto, la salvó con una maniobra escalofriante.

Jaques, que seguía a unos cincuenta metros, trató de hacer lo mismo, pero ante la inesperada curva se estrelló contra el muro de un viejo edificio, y moto y motorista quedaron listos para una urgente reparación.

—Su rival ya no podrá molestarnos —murmuró el chófer, satisfecho de su trabajo.

—Gracias, amigo. Yo no lo hubiera hecho mejor. Ahora, búsquenos cualquier hotel tranquilo. No importa dónde.

Tras asentir, el conductor les dejó a la puerta de una pensión alejada del centro. Un lugar modesto pero perfectamente cuidado.

—Lo más tranquilo que hay en toda la ciudad —sonrió.

Alargó la mano para esperar una compensación. Tony sacó un par de billetes de cincuenta francos, y los entregó al taxista.

—¿Suficiente?

—Si me necesita otra vez, ya sabe... ¿Quiere una tarjeta? —Pero Tony, con la muchacha algo más repuesta, pero aún sin el pleno conocimiento, ya estaba en la entrada del hotel.

En la esplendorosa villa de Billy, la rutilante fiesta se hallaba en su apogeo.

Su propietario dejó, por unos instantes, a sus invitados para pasar a un salón interior, seguido de Gardier, al que hizo entrar en el despacho.

El detective le había dicho al oído más o menos lo ocurrido. Y el millonario dueño de la cadena de los Lux puso el grito en el cielo, presa de furor.

—¡Es el segundo error! ¿Es que no puedo fiarme de vosotros? ¡Sois una pandilla de ineptos...!

—Señor... Yo lo siento. Fue Marc el que confundió a la muchacha... Fui el primer sorprendido al ver a Carla en el barco... Traté de retenerla, pero intervino ese tipo. No sé quién es. Jaques fue el único que le vio cara a cara, pero ahora está en el hospital. Tiene una grave herida, a consecuencia del accidente que ha sufrido.

—¿Y a quién diablos ha eliminado Marc, si es que puede saberse?

—No lo sé, señor. No he hablado con él todavía.

—¡Maldita sea! ¡Maldita! Y esa chica... esa Carla... ¿Qué es lo que sabe?

—Lo ignoro, pero apostaría a que fue al barco a espiar. Jaques la encontró en la cubierta inferior una vez... cuando yo estaba con Mirelle...

—¡Mirelle! —exclamó Carla, recuperada ya casi del todo, en la cama del nuevo hotel—. Seguro que se trata de la chica de la que me hablaste...

—¿Mirelle Ponti?

—Ignoro el apellido, pero él la llamó Mirelle... Ya no hay duda. Gardier es uno de ellos, y la chica fue desembarcada cerca de la

playa Sur. Una pequeña cala... La llevaban narcotizada.

—Bien, ahora ya no puedes volver al Lux Bahía. Van por ti, pretendían matarte...

—¿Por qué?

—Hoy has vuelto a nacer, Carla... Lo malo es que me han visto a mí... Esto empeora las cosas. Ya no podemos actuar con independencia. Nos buscarán a los dos, y lo peor es que hemos perdido la pista, cuando estábamos en el buen camino.

—¿Crees que se hubieran atrevido a matarme? —inquirió Carla.

—Ya lo han hecho.

—¿Qué?

—Sólo que se equivocaron. Confundieron a Marina contigo...

—¡Cielos! ¿Marina...?

—Han encontrado su cuerpo flotando en el agua. Iba en bikini, pero no se trata de un accidente...

—¡Dios mío! Marina...

—Ahora ya no tiene objeto tu estancia aquí. Tu misión era seguir a esa muchacha. Hacerte amiga de ella, y averiguar lo posible. Era nuestra única pista...

—Pobre Marina... —Y tras un breve silencio, añadió—: Le había tomado aprecio. ¿Sabes? A veces, resulta inevitable.

—Lo comprendo.

—¿Ha... muerto?

—Supongo que sí. Debieron arrojarla desde una lancha. Su bikini se enganchó a una roca, por eso la des cubrieron antes de lo que pensaban los que la asesinaron... En fin. Esto se ha acabado. Informaré a la División... Haré un informe completo, y que otros sigan la pista.

—¡Oh, no! No hay por qué abandonar ahora... Estamos sobre algo seguro, Tony... Esa playa... Tenemos que ir allí.

—Nos estarán esperando para acabar con los dos —repuso Tony.

—¡Acabad con los dos! —bramó Billy—. Eso es lo que hay que hacer. Buscadlos por toda la ciudad. A la hora que sea. Hay que encontrar a esa pareja, y eliminarlos antes de que sea demasiado tarde.

—Sí, señor —repuso el detective Georges Gardier. Detective oficial del hotel, pero sólo como justificación a su verdadero trabajo, de sicario de Billy.

—Esta vez no quiero fallos.

—Hablaré con Marc.

—Habla con todos los muchachos... Antes de que amanezca, quiero recibir la noticia de que ninguno de los dos existe. ¿Está claro?

—Sí, señor —repuso el detective.

Y Tony decía:

—Tenemos que irnos ahora mismo, Carla. ¿Te encuentras con ánimos?

—¿Ahora?

—Apuesto a que ya han empezado a buscarnos. Será como una caza...

—Pero supongamos que Billy sea el jefe de todo esto... No puede comprometerse.

—Has visto demasiado, Carla. Y saben que yo estoy contigo, sospechan que pertenecemos a la Interpol, y no querrán que comuniquemos con nuestros superiores. Además, no existe ninguna prueba concreta contra ese hombre ni contra Edward. Todo son conjeturas, suposiciones. Necesitamos una evidencia.

—¡Esa playa, Tony!

—Esa playa es sólo un lugar de desembarco —repuso él.

—Hay algunos *bungalows* en aquella zona. Oí cómo lo comentaban. Uno de esos busca-viudas me habló de ello... Si hay que ir a alguna parte, vamos allí. Es el último sitio donde nos buscarán...

—O tal vez el primero... Pero ¿quieres que te diga una cosa? Yo tampoco quiero abandonar.

—Entonces, vámonos. Podemos llamar un taxi, desde aquí. — Carla parecía ya del todo recuperada.

Tony hizo un ademán para que siguiera en la cama, sobre la cual la reclinó.

—Calma. Aún tardarán en encontrarnos. Tenemos tiempo.

—¿Tiempo? ¿Para qué?

—¿Y lo preguntas? —Y al decirlo, se inclinó sobre ella para besarla.

Era evidente que, en aquellos momentos, Tony sentía una ardorosa pasión hacia la muchacha, que tan al borde de la muerte había estado. Un amor que pretendía recuperar el tiempo perdido.

—¡Oh, Tony! Ahora, no...

—Sí, querida... Ahora, sí...

—Tony...

Y la muchacha acabó abandonándose a las caricias del apuesto agente...

CAPÍTULO XI

Un auténtico despliegue de fuerzas se había desparramado por toda la localidad, en busca de la pareja.

Eran poco más de las dos de la madrugada. Saint Tropez vivía todavía con gran animación. La mayoría se resistía a dar por terminada la jornada.

Los sicarios de Billy habían ido, en primer lugar, al Lux Bahía. Puro trámite, porque ya imaginaban que allí no encontrarían lo que buscaban.

Luego, recorrieron calles, *boîtes*, *discotecas* y *otros hoteles*, *buscando a Tony y a Carla, de los cuales facilitaban la descripción.*

De Caria, Gardier llevaba una fotografía, que había cogido de la *suite, entre las cosas de la muchacha.*

—Va con un hombre joven, alto, que viste pantalón oscuro y camisa a cuadros. —Ésa era la pregunta; era lo único que Gardier sabía de él.

Quien mejor hubiese podido describir a Tony era Jaques, pero éste seguía inconsciente en el hospital, a causa del topetazo que se dio en la persecución.

A las tres de la madrugada, Marc y Gardier coincidieron en un bar.

—Creo que hay más hoteles aquí, que en el mismo París —se lamentaba Marc.

—En alguno estarán. Carla estaba inconsciente. Necesitará reponerse.

—Quizá se hayan largado. Estamos perdiendo el tiempo —adujo Marc.

—Seguiremos buscando. Billy está echando chispas.

Otro fallo, y no sé lo que sería capaz de hacer, Conque sigamos...

Tony y Carla también seguían...

Bueno. Seguían en un coche que Tony se había agenciado, después de despedirse del hotel.

—Hemos decidido proseguir nuestro viaje a través de la costa. Seguimos hacia el norte. Le pagaré la habitación. ¡Ah! Y voy a llamar a un taxi.

En el establecimiento había una cabina telefónica, en la que Tony había fingido llamar, pero, lo que hizo en realidad fue tomar uno de los automóviles de un cercano aparcamiento.

—Es sólo un delito de uso —comentó, mientras conducía hacia la playa del sur—. Y en nuestro caso, está perfectamente justificado. Esto es más seguro que un taxi... La patrona cree que vamos hacia el norte, en un taxi... Así lo dirá, si alguien se lo pregunta.

Y Gardier llegó a la pequeña pensión, bastante desanimado. La patrona iba a acostarse. Rezongó algo entre dientes, cuando vio aparecer al hombre.

—Aquí, parece que nunca sea de noche —murmuró.

Cuando Gardier le mostró la fotografía, la mujer no dudó ni un segundo en reconocer a Carla.

Dudó, antes de contestar:

—¿Es que ha hecho algo malo esa chica? Parecían una pareja de enamorados.

—¡Oh, no! No se trata de nada malo...

—¿Es usted policía, joven? —inquirió la patrona.

—No. Soy pariente de la chica. Es urgente que dé con ella. Se trata de un asunto de familia.

Y así fue como la patrona contó exactamente lo que Tony pensaba.

—Se fueron en un taxi. Dijeron que querían recorrer la costa. Creo que van hacia el norte.

Hacia el sur.

Estaban ya en la playa, cuando el nuevo día alboreaba ya.

En la parte alta, lejos de las dunas, se divisaban varios *bungalows* y edificaciones, propias para pasar el verano.

Reinaba el silencio más absoluto. El rumor del agua, a un par de cientos de metros, apenas rompía aquella calma total.

—Las desembarcan en esa playa —murmuró Carla—. Luego, deben llevarlas a alguna de esas casas.

—Muy arriesgado. Aquí vive gente. Se darían cuenta.

—Seguro que las mantienen narcotizadas...

Tony pensó unos momentos.

—Si las embarcan para alguna parte tiene que ser de noche... Tendríamos que permanecer aquí un día entero, y es peligroso.

Andaban por una avenida de reciente construcción. Los chalets o *bungalows* estaban a bastante distancia unos de otros, y entre ellos existía más o menos vegetación.

—Si pudiéramos encontrar algún lugar —murmuró ella.

Apenas acababa de decirlo, Tony descubrió un letrero pegado a la valla de entrada del incipiente jardín, de uno de los *bungalows*.

«SE ALQUILA»

—¡Vamos! —dijo.

Improvisó una ganzúa para franquear la entrada.

Habían encontrado un excelente punto de observación.

Patricia Hunter y Betty Simmone llegaron juntas en un automóvil de alquiler, matrícula de Niza.

Se detuvieron frente al *bungalow* donde lucía el letrero de:

«SE ALQUILA»

Carla miró a través de la persiana graduable, y murmuró:

—¡Eh, Tony! Creo que tenemos visita. Dos chicas jóvenes.

Tony, que había echado un vistazo al bien dispuesto apartamento, acababa de descubrir algo.

—¡Eh! Aquí hay algo importante...

—¡Las chicas se dirigen hacia la casa, Tony! —recalcó Carla, viendo como las dos muchachas cruzaban la puerta de la valla para dirigirse a la entrada.

Lo que había descubierto Tony era una trampa disimulada en el piso de la cocina. Una trampa que se abría y conducía a un sótano.

Las recién llegadas estaban frente a la puerta de la casa.

—Está bien, está bien. Ya voy —repuso él. Dejó abierta la trampa, y se dirigió hacia el vestíbulo.

En aquel momento, una de las dos muchachas recién llegadas

extrajo una llave del bolso y la introdujo en la puerta. Iba a abrir.

Carla lanzó una mirada de desconcierto a Tony, que le recomendó calma, con un ademán, al tiempo que quedaba más apartado.

La Hunter fue la primera en franquear la entrada, después de abrir la puerta. La siguió Betty.

—Esto parece que está muy b... —no terminó la frase, al ver a Carla.

—Buenos días —saludó Carla, con una sonrisa de lo más natural.

—¡Oh! Pensábamos que... Nos dijeron que el *bungalow* estaba por alquilar —dijo Patricia Hunter—. La verdad es que me ha asustado usted.

Carla iba a inventar una excusa.

—Bueno. Por lo visto, ustedes buscan lo mismo que nosotros... Mi... marido y yo... —empezó.

Tony surgió para echarle una mano:

—¿A ustedes también las ha mandado la agencia? —inquirió él.

—El señor Marc Dauphin nos entregó las llaves para que pudiéramos instalarnos. Dijo que el apartamento estaba libre —murmuró Patricia Hunter.

—¿Marc Dauphin? —inquirió Tony—. ¿A qué agencia pertenece?

La Hunter cambió una mirada con Betty, y ésta murmuró:

—No sé... Buscábamos un *bungalow* para pasar un mes. Hablábamos de ello en el Lux Bahía. Marc nos oyó, y nos ofreció el apartamento... Claro que si ustedes lo ocupan ya...

Él nombre del Lux Bahía había hecho intercambiar una mirada de inteligencia entre Carla y Tony.

—No, no. Nosotros, simplemente, guardamos el apartamento. —Y añadió, lanzando un tiro al azar—: Lo hacemos por cuenta de Billy. Habrán oído hablar de él. En Saint Tropez, todo el mundo lo conoce.

—¡Oh, sí! Billy. Un personaje importante —rió Betty—. Una especie de «*play-boy*», con algunos años a cuestas. Pero es todo un caballero. Muy fino y muy galante. ¿Verdad, Pat?

Y Pat, además de asentir, se presentó a sí misma y a su compañera:

—Mi nombre es Patricia Hunter. Mi amiga es Betty Simmone.

Aquel nombre hizo que tanto Carla como Tony se pusieran en guardia. A ninguno de los dos les cabía la menor duda de que ambas eran dos presuntas víctimas. Sí. Tony recordaba perfectamente haber leído aquellos nombres en la lista, y Carla los recordaba igualmente, por haberlos oído nombrar a Tony.

Él reaccionó con extraordinaria rapidez de reflejos.

—Miren... Se han producido ciertas dificultades, cosas de tipo doméstico, que es preciso arreglar. En estos momentos, el apartamento no está en condiciones, pero, por favor, no se lo digan a Marc Dauphin, ni mucho menos, al viejo Billy... ¿Eh? Mañana, todo estará solucionado. Esta noche pueden hospedarse en... Espere. Les anotaré unas señas. No tendrán que pagar nada. Yo me encargaré de todo. Verán, se trata de una negligencia por mi parte, y no quisiera que los encargados se enteraran...

Tony escribió rápidamente la dirección del hotel donde habían pasado casi toda la noche anterior. Rompió la nota del cuaderno y la pasó a Patricia.

—Vayan a esas señas. Yo llamaré por teléfono. Lo tendrán todo a punto. El hotel es más bien modesto, pero muy limpio y acogedor, y por favor, insisto en que no hablen de eso con nadie de la empresa. Háganlo como un favor personal.

—Descuide...

—Si quieren ver el *bungalow* —insinuó Carla, siguiendo el juego a su compañero.

—¡Oh! Creo que todo está perfectamente —murmuró Betty—. Es más de lo que deseábamos, y el precio es muy asequible.

Pero Patricia Hunter recordó:

—Sí, pero ocurre un pequeño contratiempo.

—¿Un contratiempo? —inquirió Carla.

—Marc dijo que vendría esta tarde, a última hora para ver si todo iba bien.

—No se preocupen por eso —adujo Tony—. Yo hablaré con Marc, y todo quedará solucionado.

—Bien... Entonces... ¿Hasta mañana? —dijo Patricia.

—Sí. Hasta mañana. Si las dificultades no estuvieran resueltas, las llamaría por teléfono al hotel —replicó Tony.

—Gracias, son ustedes muy amables...

—Cumplimos con nuestro deber —sonrió Carla.

Antes de que las dos muchachas dejaran la estancia, Tony pidió:

—¡Oh! Esas llaves... Pueden dejarlas aquí. Mañana, cuando vuelvan, estaremos nosotros.

Patricia dudó un instante, pero al fin accedió, con una sonrisa.

—Tome usted.

Cuando por fin las dos aspirantes a ocupar el *bungalow* se alejaron, Tony lanzó un suspiro:

—Estaban en la lista... Y las han mandado precisamente a esta casa. ¿Te das cuenta?

—Tengo la sensación de estar sobre un volcán...

Tony, tras asentir, hizo una seña, indicando a la muchacha que le siguiera hasta la cocina.

—Ahora vas a tener ocasión de bajar por el cráter de ese volcán. ¡Vamos!

CAPÍTULO XII

Tony comenzó a descender por la escalera, bajo la trampilla que se abría en el piso de la cocina.

En la total oscuridad del sótano, le siguió Carla por la misma escalera.

Palpando la pared. Tony dio con un conmutador de la luz, y parte de la bóveda subterránea quedó iluminada.

—Esto parece una bodega —murmuró Carla.

—Una bodega, en un *bungalow* de verano. ¿Curioso, no? —comentó él, y siguió adelante, adentrándose en la parte que quedaba más oscura, utilizando una linterna.

—Hay mucha humedad —murmuró ella—. Y corriente. ¿No notas como una corriente?

Tony guardó silencio, y siguió avanzando hasta encontrar otra luz, que le dejó frente a lo que parecía —era en realidad—, un estante para botellas, pero estaba vacío.

Forzando la estantería, comprobó que ésta se corría hacia un lado, y con ella se movía la pared, dejando al descubierto un estrecho corredor.

La corriente de aire, ahora, era más pronunciada.

—Espero que no surja ningún fantasma —murmuró Carla, en plan de broma.

—Pues no sería nada de extraño. Aunque se tratara de un fantasma con un revólver, en vez de una sábana... Vamos a ver hasta dónde conduce ese pasadizo.

Tony iba delante, alumbrándose con una linterna; detrás le seguía Carla.

La oscuridad era absoluta, pero por alguna parte se filtraba un aire extremadamente húmedo.

—Eso parece roca viva —comentó la muchacha, palpando la pared—. Y rezuma agua.

—Vamos bajando... Hemos andado unos treinta metros ya... ¿A qué distancia está el mar?

—No sé. Pero queda a medio kilómetro, y esto estaba muy alto.

—Apuesto a que...

Se detuvieron un momento. Tony había creído oír un ruido e hizo ademán a su compañera para que guardara silencio.

Carla también tuvo la misma impresión que Tony:

—Agua.

El vaivén del oleaje.

Anduvieron tanteando el terreno; el pasadizo se hacía más angosto.

Y por fin...

A unos sesenta metros de la entrada del túnel se acababa el recorrido; una puerta metálica, de gran espesor servía de barrera infranqueable.

Pegando el oído al hierro, Tony pudo percibir claramente el oleaje.

Dirigió la luz de la linterna a lo largo y ancho de toda la puerta, y descubrió una mirilla superior, a unos dos metros del suelo. Una piedra, puesta adrede, permitía subir y mirar a través del agujero practicado en la puerta.

Tras otear, ayudado por la luz, Tony murmuró:

—Una cueva. Una cueva subterránea. Seguro que cuando la marea baja, esa puerta puede abrirse sin peligro de que el agua inunde el subterráneo... ¡Espera!

Aproximadamente a un metro del suelo, llegaba el nivel del agua y, a pocos metros más había una barca, de regulares dimensiones, sujeta a un cable.

—Un embarcadero secreto —murmuró.

—Entonces, no hay duda. Es aquí donde traen a las chicas. Las retienen hasta que pueden embarcarlas. ¡Carla! Hemos descubierto algo muy importante. Ahora sólo nos faltan las pruebas. Cogerlos con las manos en la masa, pero no será fácil probar que el viejo Billy es quien maneja todo esto...

—¡Cuidado! —advirtió Carla, aguzando el oído.

Por algún lugar, resonaban unos pasos.

—¡Vamos! —exclamó él—. No me gustaría que nos pillaran en este callejón sin salida.

Y avanzaron rápidamente por el corredor subterráneo hasta llegar a la bodega.

Alguien había abierto la puerta de la casa, y, desde abajo, pudieron percibir unas voces.

Con un ademán, Tony indicó a la muchacha que guardara silencio.

—Tú quédate. Toma esto. —Y le entregó una pistola. Luego, él empezó a subir lentamente la escalera.

La pareja que acababan de cruzar el umbral de la puerta tenía un aspecto absolutamente inofensivo. A simple vista, podían confundirse con una pareja de turistas cincuentones. Eran ingleses, pero se esforzaban para hablar el francés.

Mostraron su asombro, al ver aparecer a Tony.

—Perdone, señor —se excusó el hombre—. Nos dijeron que la casa estaba vacía, y nos dieron las llaves para que la examináramos...

—Queríamos alquilarla por un mes... —adujo la inglesa, por su parte.

—¿Dónde les dieron las llaves? —preguntó Tony.

—En la agencia.

—Agencia Villas —puntualizó la mujer.

—¡Ah, ya! —Tony fingió una absoluta naturalidad—. Sí, sí. Todo es correcto. Nosotros pertenecemos a esa agencia. Solemos venir a echar un vistazo. —Y volviéndose hacia atrás, llamó—: Ven, Carla. Son unos turistas que desean alquilar la casa.

—Nos habían asustado —murmuró la inglesa.

—Es natural. Ustedes esperaban encontrar esto vacío. Bien. La verdad es que ya han venido otros, antes que ustedes. También están interesados por la casa.

El matrimonio cambió una mirada de extrañeza.

—Es de las pocas que quedan por alquilar, por estos contornos —añadió Carla por su cuenta, dándose cuenta de la situación.

—Es que nos habían dicho que... —empezó el hombre.

—Que no había nadie más —concluyó la mujer—. ¿Podríamos verla? Parece muy acogedora. Y muy tranquila.

—Sí. Eso es lo que parece —sonrió Tony—. Pueden verla, si lo desean. A la bodega no es necesario que bajen. Está un poco revuelto. Como la casa está desalquilada, se utiliza como almacén,

pero eso se arreglará a su tiempo.

La mujer tomó la delantera, y echó un vistazo general a la sala y al pequeño comedor, que comunicaba con la cocina. Había otra habitación.

En la otra ala estaban el par de dormitorios de que constaba la casa y el baño completo.

—Bueno —dijo Tony—. No es necesario que vuelvan por la agencia. Nos cuidaremos particularmente del asunto. Yo mismo telefonaré a Villas, en cuanto se vayan. A propósito. Déjenme las llaves. De momento, no van a necesitarlas.

El hombre parecía vacilar.

—Claro, Henry, dáselas. Nosotros no tenemos por qué guardar llaves de una casa que todavía no hemos alquilado.

—A mí me gusta —insistió el hombre.

—Es natural. A los otros clientes también les ha gustado mucho —adujo Carla.

Henry entregó, al fin, las llaves, y Tony preguntó:

—¿Dónde se hospedan?

—En el Lux Bahía —declaró el hombre.

Tony miró fugazmente a Carla, que fue quien preguntó:

—¿Fue allí donde les indicaron la agencia Villas?

La pareja asintió al unísono.

—Es por simple curiosidad —terció Tony—. ¿Quién les aconsejó esa agencia?

—El detective del hotel. Creo que se llama... —vaciló.

—Gardier. George Gardier —adujo Carla—. Lo conocemos.

—Sí. Suponíamos que fue él. Gracias por su visita, señores. Les llamaremos al hotel, en cuanto hayamos hablado con la agencia. Descuiden, tendrán noticias nuestras.

Cuando la pareja de ingleses se hubo alejado. Tony, jugueteando con las llaves, se dejó caer en un sillón. Carla lo miraba, tratando de adivinar sus pensamientos.

—Si utilizan esa casa para meter a las chicas y aguardar el momento de embarcarlas... —murmuró.

—Y para el contrabando. No te olvides, Tony. Esa cueva es perfecta...

—Sí, querida, pienso en todo. Te decía que si utilizan esa casa para tales asuntos... ¿Cómo diablos... se les ocurre alquilarla?

—Parece un contrasentido, ¿no? —comentó ella.

El matrimonio inglés había subido ya al coche en que llegaron. Carla, cerca del ventanal, les observó.

Tony, como si hablara consigo mismo, añadió:

—No... No es lógico. Utilizan una casa deshabitada, con el letrero de que se alquila... Lo lógico sería...

Se levantó, de pronto, mientras Carla, agudamente, pensaba en lo mismo.

—¡Necesitan a alguien! Tengo que seguir a esos ingleses. Tú quédate aquí. Bueno. No dentro de la casa, puede ser peligroso. En las rocas. Al otro lado de la carretera. No pierdas de vista la casa. Yo voy tras esa pareja...

Salió corriendo. El coche del matrimonio había tomado casi un kilómetro de ventaja. Tony se metió en el automóvil y emprendió la persecución.

CAPÍTULO XIII

Tony pisaba fuerte el acelerador y, después de algunas curvas, los tuvo casi al alcance.

Conocía bastante bien los distintos senderos y, para despistarles, les pasó de largo. Aprovechando las curvas, se metió por un desvío a la izquierda, y subió la rampa hasta situarse en un punto donde podía verles pasar de nuevo.

Breves minutos más tarde el vehículo de los ingleses siguió rumbo hacia Saint Tropez.

Tony prosiguió su persecución por un enrevesado camino, que a veces se perdía entre las matas del descampado montañoso.

Le hubiera gustado poder escuchar la conversación que sostenían los ingleses.

—Gardier nos dijo que en la casa no encontraríamos a nadie.

—Bueno... Quizá se le olvidó mencionar los porteros —replicó el hombre.

—Hummm... No me gusta esto.

—¡Bah, mujer! La casa está para alquilar. Es lógico que otros se interesen por alquilarla.

—Estaré más tranquila cuando hable con Gardier —recalcó la mujer, más desconfiada—. Después de todo, es una ganga. Y yo siempre desconfío de las gangas.

—Más que una ganga, es un regalo, mujer. Por ése no hay que molestarse. Si sale mal... ¿Qué le vamos a hacer?

Tony, desde lo alto, descendía por un camino más propio para un «trial» motociclista.

Allí tuvo el reventón, y maldijo su mala suerte, porque hubiera podido llegar al mismo tiempo que sus perseguidos, y ahora ni siquiera tenía rueda de recambio para reparar la inoportuna avería.

Aun así, continuó hacia abajo. El coche saltaba entre los baches, y cortaba el neumático a cada nuevo salto.

Aquel tiempo que perdió era precioso. Muy precioso.

—¿Un hombre y una mujer, jóvenes? —preguntó Gardier, cuando el matrimonio inglés les habló de la pareja que habían encontrado en la casa desalquilada.

—Sí, sí... —Y la mujer, gran fisonomista, describió a ambos.

«Ellos», pensó Tony, pero se limitó a decir en voz alta:

—Disculpen. He de hacer una llamada telefónica. Y no se preocupen, el trato sigue en pie. La casa será para ustedes.

Desde el mismo hotel, Gardier se puso en contacto con Marc. Tras unas palabras, Marc repuso:

—De acuerdo. Yo me encargo.

—Espero que no haya fallos. —Y colgó el teléfono para volver con los ingleses.

—Esta tarde todo estará arreglado. No se preocupen por nada. La cuenta del hotel va a cargo de la agencia.

—¿Lo ves? Todo va bien —sonrió el inglés a su esposa.

Para quien las cosas se ponían mal era para Carla. Desde las rocas que bordeaban la carretera, y a unos treinta metros de la villa para alquilar, podía vigilar atentamente la casa, y no dio la menor importancia a tres sujetos, con aspecto de pescadores, que ascendían por el sendero rocoso.

La rodeaban, mirándola con descaro.

Cuando advirtió el peligro, ya era demasiado tarde.

Primero pensó que se trataba de tres truhanes, que sólo querían divertirse un poco con ella, pero enseguida salió de su error.

Uno de ellos sacó rápidamente una navaja de la que pulsó un resorte y salió una puntiaguda hoja.

Otro, situándose detrás, hizo ostentación de otra ce chilla igualmente automática.

El tercero se encaró frente a frente con la joven, y le habló sin tapujos:

—Conque espiando, ¿eh? La curiosidad es mala consejera, nenita. Las mujeres tienen ese abominable defecto de la curiosidad... ¿Te interesa la casa que hay ahí enfrente? ¿Quieres alquilarla? No... No contestes... Sabemos perfectamente en qué consiste tu interés. Será mejor que lo discutamos dentro... Así te ahorrarás espiar.

Carla se fijó en el brillo de aquellas navajas. Acorralada como estaba, sin embargo, trató de mantener su serenidad, e hizo intención de abrir el bolso. Allí llevaba el arma que le entregó Tony. Un «veintidós». Suficiente para luchar con ventaja contra un par de navajas.

Pero el individuo que tenía enfrente, la detuvo.

—Nada de trucos, guapa. Dame el bolso. Siempre se encuentran las cosas más insospechadas dentro del bolso de una mujer.

—Sólo pretendía sacar un cigarrillo. ¿O es que tampoco puedo fumar?

—Toma de los míos. Buen tabaco —le ofreció una marca egipcia, poco conocida—. Y barato. Son de contrabando. ¿No tendrás escrúpulos, verdad?

Le alargó el paquete, con un cigarrillo saliendo del mismo. Ella vaciló con recelo.

—No, gracias. Ya me invitaron a fumar, una vez. Y no me sentó bien. Prefiero mi marca.

Y abrió el bolso.

Pero apenas acababa de hacerlo, sintió el frío contacto de un objeto cortante entre su cuello y el hombro.

—Cuidado, nena. Podría apretar y te ibas a desangrar en un momento... —dijo el de la navaja.

El que hasta entonces le había estado hablando alargó la mano para que ella le entregara el bolso.

—Si prefieres tu tabaco, yo te lo daré.

Y Carla no tuvo más remedio que dejarse arrebatar el bolso y, con él, la última oportunidad de salir bien librada de aquella inesperada encerrona.

El tipo abrió el bolso, buscó entre las cosas y, con una amplia y cínica sonrisa, sacó en primer lugar, el «22».

—¡Vaya! Curioso encendedor. Porque es un encendedor. ¿Verdad?

—¿Por qué no pruebas a aplicártelo a la sien y apretar el gatillo? —espetó ella—. A lo mejor funciona.

Volvió a meter el arma en el bolso, y extrajo, por fin, una cajetilla de «Gitane» y se la tiró.

—Tu tabaco. —Y le ofreció fuego, con un mechero—. ¿Ves? El mío es más seguro. Anda, sigue. El bolso te lo guardo yo. Total,

¡para lo que lo vas a necesitar!

La mandaron andar delante, aunque a su lado, uno de los navajeros no le perdía de vista. Los otros dos, el que también usaba navaja, que ahora había guardado, y el tipo achulado que la estuvo mirando, seguían detrás. El cuarteto cruzó la carretera, y se dirigió hacia la casa.

Uno de ellos abrió la puerta. A Cada le hicieron sentar de un empujón, mientras el tipo achulado vaciaba el bolso, sobre una mesa.

—Vamos a ver... Vamos a ver qué secretos guardas.

—¿Qué demonios buscas? ¿Mis tampax? —Gruñó ella.

—Graciosa, la nena...

—Te equivocas conmigo. Yo no espío nada. Esperaba a un amigo, eso es todo.

—¿Y le esperabas con un revólver del calibre veintidós? Un arma pequeña, pero muy efectiva.

—Eso es cuenta mía. Devuélveme mis cosas, y olvidaré el incidente. —Carla trataba de mantenerse firme, pero sabía que era inútil. La habían pescado, y presentía que su vida pendía de un hilo.

Cuando Tony entró en el hotel, vio cruzar a Edward Bedford, el hijo del viejo Billy, que entraba en tromba en un despacho, seguido de Gardier.

Tony, como un turista más, avanzó sin prisas.

En el despacho, a solas Edward y Gardier, ambos estaban discutiendo. Bueno. En realidad, era Edward el que gritaba como un energúmeno.

—¡Quiero saber quién ha sido el que ha liquidado a Marina! ¡Maldito hijo de perra! Esa chica era cosa mía...

—Fue una confusión, Edward —protestó Gardier, tratando de excusarse.

—Una confusión —repitió Edward, con los ojos brillantes de rabia—. ¡Hubieras podido matar a tu madre, por una confusión! ¿No?

—Edward... Está por medio ese tipo... Sabemos que es amigo de Carla...

—¿Y quién es Carla, en realidad? ¿Quién es ese tipo? —Gruñó Edward.

—No estamos seguros todavía, pero es posible que pertenezcan a

la Interpol —murmuró George.

Edward palideció.

—¿La Interpol?

El detective se encogió de hombros.

—Tengo que hablar con mi padre —dijo.

—¿Y qué hay de la chica? —inquirió Gardier—. La tienen en la casa. Frankie ha llamado por teléfono, hace un instante. Estaba espiando. Lleva un revólver del calibre «22» en el bolso.

—¿Y el tipo? —preguntó Edward.

—No estaba con ella.

—Bueno. Fuera todos, ahora. Hablaré con el viejo... Pero lo de Marina no lo olvidaré fácilmente —y miró, furibundo a Gardier, que se limitó a salir del despacho con los hombros caídos y el miedo en el cuerpo.

Tony había permanecido pegado a la puerta, escuchando lo que se había hablado en el despacho.

Encendió un pitillo, despistando, y observó a Gardier, que se alejaba hacia el vestíbulo. Le siguió lentamente.

Entretanto, Edward se ponía en contacto con su padre.

La orden del viejo Billy fue tajante:

—¿Interpol? ¡Bah! Están andando a ciegas. No importa. Que liquiden a la chica. Debe parecer un accidente. Esta noche hay trabajo. No lo olvides.

—De acuerdo. Llamaré a Marc.

—Recuerda. Debe parecer un accidente.

—Sí, padre.

Edward, obediente, marcó el número de teléfono de la casa «por alquilar».

Cuando obtuvo respuesta, fue breve:

—Soy Edward. La chica debe desaparecer. Un accidente. ¿De acuerdo? —Al otro lado del hilo, en la casa, alguien asintió, con un clásico:

—*Okay!*

Edward salió del despacho y buscó a Gardier, al que llamó.

Tony, haciéndose el despistado, volvió a seguirle como quien anda vagabundeando sin rumbo.

La puerta del despacho quedó entreabierta. Edward muy nervioso, habló, convencido de que nadie le escuchaba:

—Todo previsto para esta noche. No hay peligro. Lo importante es encontrar el tipo. La chica ya no estará. Un accidente. ¿Comprendes? La encontrarán flotando en la bahía. Una de tantas turistas que perecen ahogadas.

—¿Cuándo? —inquirió Gardier.

—Ya he dado la orden.

Tony comprendió que la vida de Carla dependía de su decisión, en aquellos momentos.

La chica tenía los minutos contados.

CAPÍTULO XV

—Andando, guapa —le dijo el tipo achulado.

—¿Adónde vamos? —preguntó Carla.

—A dar un paseo en barca. ¿No te gusta el mar? Hace un día magnífico.

—Prefiero quedarme aquí... —aseguró ella, firme en su asiento.

La afilada navaja de otro de los tipos la puso en movimiento. La puntiaguda hoja le rozaba el cuello.

—No querrás hacerte pesada, ¿verdad, guapa? —inquirió el navajero.

Carla no tuvo más remedio que incorporarse y ponerse a andar delante de sus aprehensores.

Pero entretanto...

Entretanto, Tony sabía cuán valioso era cada segundo.

Edward y Gardier seguían en el despacho, cuya puerta continuaba entreabierta.

Se coló y cerró, al tiempo que empuñaba en su diestra un revólver con silenciador.

—¡Quietos! —ordenó—. Arriba las manos, los dos. Rápido. Cara a la pared. Las piernas abiertas, las manos tocando la pared. ¡He dicho, rápido!

Ante la amenaza, los dos hombres se dispusieron a obedecer.

—Si es un atraco... —empezó Edward.

—Cierre el pico, si no quiere ser el primero en caer. —Y los cacheó a ambos, a conciencia.

George llevaba un arma, que Tony le arrebató, guardándosela en un bolsillo. Edward no tenía nada peligroso.

—Ahora, pueden volverse. Voy a contar hasta diez. Al que le toque, le quito de la circulación. Y les advierto que ese revólver no produce el menor ruido.

—¡Oiga! ¿Quién es usted? ¿Qué pretende? —inquirió Edward.

—¡Haga una llamada! Que suspendan la ejecución de Carla. ¡Ahora mismo! De lo contrario, será usted el primero al que le tocará el diez...

—¿De modo que es usted...?

Tony, sin mostrar el menor movimiento, amartilló el revólver, advirtiéndolo:

—Llame ahora mismo o aprieto el gatillo. Luego, le tocará el turno a Gardier. Contaré hasta tres...

—¡Llama, Ed, llama! —gimió George.

Edward dudó unos instantes, pero al fin decidióse por tomar el teléfono y marcar un número.

En realidad, Edward marcó el número de su padre y, al oír la voz de un sirviente, comenzó a hablar.

—Oiga. Suspenda la orden que acabo de darle. Carla no debe sufrir ningún daño. Ya recibirá instrucciones.

Colgó y murmuró:

—Ya está. No debe temer nada.

—¿Adónde ha llamado, Ed? En aquella zona hay una centralita... Usted ha hablado directamente. Pretende dármele con queso. ¿Eh? Usted se lo ha buscado.

Y sin mediar más palabras, disparó.

Ed cayó fulminado, ante la consiguiente alarma de Gardier, que tenía los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Ahora le toca a usted... O llama de verdad a la casa, o correrá la misma suerte que su jefe.

—¡Llamaré, llamaré! —se apresuró a asegurar el interpelado.

Y se decidió a marcar el número de la centralita, pidiendo comunicación con la casa.

Luego le ofreció el supletorio:

—Usted mismo puede escuchar.

Pero la llamada no obtuvo contestación. En la casa, ya no había nadie...

En efecto. En aquellos instantes, Carla cruzaba la carretera, rodeada de los tres hombres que pretendían llevarla hasta la mar y embarcarla para arrojarla al Mediterráneo... *como si se tratase de un accidente.*

—Vamos, nena. Daremos un largo paseo por la bahía —le dijo el

tipo de aspecto achulado.

Estaban llegando a las rocas.

Tony, sin dejar de empuñar su revólver, provisto de silenciador, ordenó a Gardier:

—Rápido. A tu coche. Debemos llegar a la bahía antes de que sea demasiado tarde. Tú conducirás. Cuando cruces el *hall del hotel*, *compórtate con naturalidad*. *Piensa que mi revólver te seguirá apuntando, y no vacilaré en usarlo*.

Gardier estaba demasiado asustado para contradecir una orden de aquel calibre.

Obedeció.

Poco después, en su propio vehículo, tomaba el camino para llegar hasta la bahía.

En el asiento trasero, Tony no cesaba de achucharle:

—Más deprisa. Miedoso de mierda. Acelera o voy a volarte la cabeza. Y reza... Reza para que a la chica no le haya ocurrido nada.

—Hago todo lo que puedo —se defendió el detective.

El automóvil prácticamente volaba por la carretera. Pero para Tony no era suficiente.

—Vamos, vamos. Esto parece una bicicleta. ¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

Gardier sudaba, pero Tony sabía que cada segundo podía resultar fatal.

Sí... porque en aquellos instantes, Carla era obligada a subir a una lancha, siempre acompañada de sus tres secuestradores.

—Vamos, preciosa. El paseo va a empezar.

Ella trató de ganar tiempo. Sabía —intuía, al menos—, lo que le esperaba.

—He olvidado algo —dijo—. Si no os fiáis, que me acompañe alguien.

—Sea lo que fuere, no lo vas a necesitar —sonrió el achulado.

—Sea lo que fuere, me es imprescindible —apostilló la muchacha—. O dejáis que vaya a buscarlo o empiezo a gritar.

Algunas embarcaciones, aunque lejanas, surcaban aquella parte de la costa.

Carla empezó a gritar, como una histérica.

—¡Grita cuánto quieras, imbécil! Nadie va a oírte —dijo el tipo que llevaba la voz cantante, y la abofeteó con fuerza.

—¡Bastardo! Si quieres matarme, hazlo a navajazos. Ya sé cuáles son vuestras intenciones. Pensáis asesinarme en alta mar, y luego arrojarme al agua para que parezca un accidente... Bien... No soy tan incauta. Asestarme unos cuantos navajazos. ¿A qué esperáis?

—¡Metedla dentro, de una vez! —gritó el chulo.

Pero no contaban con el enfrentamiento de la muchacha, que supo defenderse con llaves perfectas de judo, y que dejaron malparados a los dos primeros que intentaban sujetarla.

El chulo recibió una patada en el bajo vientre cuando intentó aproximarse, pero enseguida otro del grupo trató de sujetarla por detrás, mientras otro pretendía golpearla. También éste recibió un fuerte puntapié en la boca del estómago, que le mandó contra las rocas.

Intentó desasirse del que la tenía sujeta por la espalda, pero el chulo, medio repuesto, alcanzó un remo y le asestó un golpe traicionero.

Fue la única forma de dejarla fuera de combate. Así pudieron introducirla en la lancha.

Cuando Tony llegó a las rocas, la lancha zarpaba ya.

CAPÍTULO XV

—¡Síguelos! —fue la orden de Tony al detective—. Procura acercarte cuánto puedas, y no olvides que, a la menor tontería, te liquido.

Gardier, con otra lancha y con una milla por medio, emprendió la persecución.

Entretanto, Tony, sin perder de vista al conductor de la lancha, se hizo con una lata de gasolina, buscó unos trapos y una botella, preparando sendos «cohetes», que dejó a punto, mientras Gardier ganaba terreno a la lancha en que viajaba la muchacha.

El achulado se volvió hacia atrás y murmuró:

—¿Quién diablos nos está siguiendo?

—No lo sé... Pero, por si acaso, trata de acelerar.

La carrera comenzó a realizarse a todo tren. Cada vez, perseguidos y perseguidores se alejaban más de la costa, si bien, por la irregularidad de la misma, a veces se adentraban por los islotes.

El detective había logrado cobrar una cierta ventaja.

El achulado sacó unos prismáticos, y pudo ver claramente al detective.

—¡Es Gardier! Tal vez trate de decirnos algo —murmuró.

Tony permanecía ahora pegado al suelo de la lancha, pero veía a los demás, y por ello ordenó:

—Hazles señales, y acércate todo lo que puedas.

—Es lo que estoy intentando.

—Hay otro tipo con él —decía uno de los de la pandilla de raptos de la muchacha, que comenzaba a recobrarse.

—Afloja un poco, pero tened las armas preparadas, por si acaso. Esto no está muy claro —ordenó el achulado.

Gardier consiguió llegar hasta unos cincuenta metros, y el achulado gritó:

—¿Qué ocurre? ¿Qué se te ha perdido por aquí?

Desde el suelo de la lancha, Tony indicó:

—Di que aguarden.

—Creo que no se fían. Le han visto.

—No importa. ¿Ves a Carla?

—No...

—Pregunta por ella...

Gardier alzó la voz en el momento en que la muchacha comenzó a asomar, medio repuesta del estacazo.

Estaban a unos treinta metros.

—Acércate más —exigió Tony.

Gardier aceleró a tope. Se iba aproximando. Los de la lancha delantera tenían las armas preparadas.

Tony calculó las distancias... Veinte metros, quince...

Se puso en pie, de repente, con la botella empapada de líquido. El trapo había sido prendido por el fuego de un fósforo, y Tony gritó:

—¡Carla! ¡Al agua!

—¡Cuidado! —chilló, a su vez, el achulado.

—¡Al agua, rápido! —gritó nuevamente Tony.

—¿Qué demonios se propone? —adujo Gardier a su vez.

Carla empujó a uno de los que pretendían retenerla, y se lanzó al agua, al mismo tiempo que Tony arrojaba la botella.

La lancha enemiga recibió el líquido inflamable en un costado, y enseguida estalló.

—¡Por la muchacha! —ordenó Tony a Gardier, mientras Carla nadaba denodadamente.

Tony, más próximo a la lancha, arrojó el segundo «cocktail», y sobre las aguas se inició un buen fuego, mientras su lancha se acercaba a la chica, que al fin pudo ser rescatada.

Gardier estaba asustado ante la amenaza del revólver de Tony, pero éste le ordenó:

—De momento, no te ocurrirá, nada, si haces lo que yo te digo...

Estaban en la villa por alquilar.

La orden que tenía que cumplir Gardier era fácil. Llamar por teléfono a Edward...

—Pero usted le ha matado... —musitó el detective.

—Mi pistola no mata, sólo adormece. Son balas de cloroformo... Edward se habrá despertado ya... Así que debes decirle

exactamente lo que voy a dictarte... Y te advierto que tengo otra arma. Tampoco hace ruido pero ésa sí mata de verdad. —Y Tony esgrimió otra pistola, provista de silenciador.

Gardier llamó a Edward que, efectivamente, se había recuperado.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás?

Y de acuerdo con las instrucciones recibidas, Gardier respondió:

—Estoy en la casa... La chica y el otro ya no nos molestarán. Todo puede seguir.

—Buen trabajo, amigo —repuso Edward, aún medio atontado por la bala recibida.

Tony pulsó la tecla del teléfono para cortar la comunicación.

—Bueno... Ya veo cuál es su juego. Oiga... Yo me he portado bien, déjeme salir. No diré nada. Pero no quiero que me detengan. Me iré lejos. Lo juro.

—No, hijo... Tú te quedarás aquí, como garantía. Los demás sospecharían, si no vieran a nadie en la villa.

—Ya vendrán otros... Ustedes los conocen... Ellos... ellos cuidarán de... de todo...

Los «otros» eran el pacífico matrimonio inglés, que aquella misma tarde tomaron posesión de la casa.

Ahora Tony, Carla y Gardier se hallaban en el sótano, en un escondrijo muy bien elegido. Desde allí, podían ver, por una televisión de circuito cerrado, los movimientos que hacían los, en apariencia, respetables ancianos. Y además, podían oírles.

—¿Y esto no es peligroso, Henry? —decía la mujer.

—Sólo tenemos que recoger la mercancía del embarcadero... A cambio, nos dejan la casa y nos darán algún dinero... Nosotros no sabemos nada, ¿entiendes?

—Es que no acaba de gustarme —murmuraba la mujer.

—¡Bah! Tonterías... Te he dicho que nosotros no sabemos nada... Somos un matrimonio respetable, que gasta sus ahorrillos... En realidad, podemos hacer bastante dinero... A nuestra edad, no nos irá mal. ¿Eh?

Carla había hecho una llamada telefónica y, de modo discreto, abundantes agentes, de paisano, rodeaban la casa.

Gardier insistía:

—Ya he hecho todo lo que querían... La marea ha bajado, me iré

por el embarcadero secreto. Por favor... Yo soy una pieza insignificante del engranaje. Ya les he dicho todo lo que querían saber. El viejo Billy es quien maneja el tinglado. Lo han grabado...

—Lo siento, Gardier. Yo soy un policía. No hago tratos...

Era ya de noche. Alguien, desde el exterior del túnel, estaba llamando a la puerta del embarcadero.

Henry bajó la escalera y se dirigió a través de la cueva. Tony podía verle, igual que Carla y Gardier.

Fue este que, en un momento de descuido, se parapetó tras la muchacha, sorprendiéndola y haciéndola presa de una llave.

—¡Ahora tendrá que dejarme salir! Suelte las armas Deprisa. O la estrangulo.

La tenía bien cogida.

El viejo, al oír ruido, se volvió.

Tony vacilaba, mientras la presión de Gardier al cuello de la muchacha era cada vez más fuerte.

—Está bien... Aprieta... Cuando la hayas matado, te mataré yo a ti...

—¿Sería capaz de...?

—¿Qué pasa ahí? —inquirió el viejo, yendo hacia el lugar donde procedían las voces.

Fue un momento de vacilación por parte de Gardier, que la buena preparación física de Carla supo aprovechar para propinarle una coz en la espinilla.

El detective trató de asirse de nuevo a ella, pero esta vez tropezó con la diestra de Tony, cuyo puñetazo le alcanzó en pleno mentón, dejándole en situación de fuera de combate.

El viejo había presenciado parte de la lucha, y trató de escapar, pero Tony le siguió con la pistola.

—Usted vaya a abrir la puerta del embarcadero. Y tú, ya sabes lo que tienes que hacer, Carla...

Momentos después, el viejo abrió la puerta para dejar paso a un par de tipos, cargados con sendas cajas.

En la lancha, había más mercancía.

—Déjenlo aquí —tartamudeó el viejo.

Tony se hallaba junto a él. Uno de los hombres le observó.

—Siempre hay gente nueva. ¿Eh? ¿Dónde están los otros? ¿Y las chicas? ¿O es que hoy no hay chicas?

El que había quedado en la barca gritó:

—¡Cuidado, se acercan unas lanchas! ¡Vienes hacia aquí!

—¡Maldita sea! ¡Es una emboscada!

Los portadores de las cajas se apresuraron a sacar sus armas.
Tony les contuvo:

—¡Quietos! Levanten, todos, las manos.

Los dos tipos corrieron hacia la lancha, pero por el lado del mar comenzaron los disparos.

En aquel momento, y en el interior de un automóvil, aquel tipo que había intentado ligar con Carla, el «*play-boy*» perseguidor de mujeres solas, llegaba con un automóvil, portando a dos muchachas, completamente drogadas.

—Vamos, ricas... Aquí seguirá la juerga.

Pero al entrar, y ver a Carla, se quedó de una pieza.

—¡Quieto! —ordenó ella, encañonándole.

Trató de huir, pero detrás, media docena de hombres le cerraron el paso.

En unos momentos, tanto los contrabandistas como el «*play-boy*» habían quedado cercados.

La redada, gracias al arrojo de Tony y de Carla, había terminado con pleno éxito.

Ya sólo faltaba la confesión.

—¡No disparen! —pidió el «*play-boy*».

Los demás también habían sido apresados.

FIN

EPÍLOGO

Los encartados no vacilaron en delatar al principal culpable.

—Billy y su hijo son los que llevan el tinglado.

Ésa fue la confesión de todos, y cada uno por separado.

Así fue como el viejo Billy, el magnate de la cadena de los Lux Bahía, recibió una visita del prefecto de policía, acompañado de un comisario de París, comisionado expresamente.

Edward no pudo resistir aquello. En el fondo, él había amado a Marina, y se sentía responsable de su muerte.

Cuando fueron a buscarle al hotel, lo encontraron en estado de coma.

Había ingerido una sobredosis de droga.

Nada se pudo hacer por él.

El gran Billy, esposado, se limitó a decir:

—Mis abogados cuidarán de que se haga justicia. Yo no sé nada de esto...

Pero tenía demasiados testigos en contra.

Y mientras, un avión llevaba a bordo, entre los demás pasajeros, a una pareja, que se alejaba con la convicción de haber cumplido su deber. Carla y Tony.

Ella se lamentaba:

—Lo siento por Marina. Era una muchacha ligera de cascos, pero, en el fondo, era buena chica.

—No todo puede terminar bien, nenita. Además, yo prefiero que seas tú la que estés viva.

Tony rodeó los hombros de la muchacha, y la besó en la punta de la nariz.

—Bueno. Espero que el viejo nos dé un permiso. ¿Quieres que vayamos a pasar unos días al Lux Bahía?

—¡Oh! Por favor, no nombres ese hotel ni en broma...

Rieron los dos.

Luego, se besaron en serio.

FIN

¡LOS HOMBRES SÓLO VEÍAN EN ELLA A LA MUJER
DESEABLE! ¡LORENA DEFENDÍA SU VIRTUD, PERO
A LA VEZ ANSIABA SER AMADA! ¡TODO SU CUERPO
PEDÍA AMOR!



LEA TODAS LAS SEMANAS LOS APASIONANTES FASCÍCULOS
QUE PUBLICA EDITORIAL BRUGUERA, CON ABUNDAN-
TES FOTOGRAFÍAS.

"LORENA"

UNA SERIE ESCRITA POR CORÍN TELLADO
ESCUCHEN SU VERSIÓN RADIOFÓNICA TODAS LAS
TARDES, DE LUNES A VIERNES, POR LAS 65 EMISO-
RAS DE REM-CAR Y CES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

